

10329

Antonio Paso y Francisco García Pacheco

El talento de mi mujer

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

ORIGINAL



Copyright, by A. Paso y Francisco García F. Pacheco

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

1924

15

EL TALENTO DE MI MUJER

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El talento de mi mujer

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

Antonio Paso y Francisco García Pacheco

ESTRENADA CON GRAN EXITO EN
EL TEATRO REY ALFONSO EN LA
NOCHE DEL 21 DE FEBRERO DE 1924.



MADRID
TIPOGRAFIA "FENIX"
Génova, 17 - Teléfono 772-J
1924

Journal of the American Medical Association

Published Weekly, except on Sundays, Holidays, and Days when the Office is Closed

Subscription Price, \$5.00 per Annum in Advance

Single Copies, 15 Cents

Published by the American Medical Association, 535 North Dearborn Street, Chicago, Ill.

REPARTO

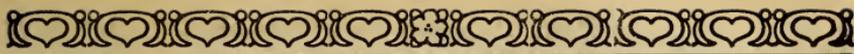
PERSONAJES

ACTORES

| | |
|-----------------|-----------------------|
| PAULINA | Carmen Muñóz. |
| TEODORA | Pascuala Mesa. |
| ROSINA | Pura Martínez. |
| TERESA | María Victorero. |
| SOCORRO | Milagros Toldos. |
| RAFAELA | Araceli Sánchez Imaz. |
| MARCELO | Mariano Asquerino. |
| SIMPLICIO | Juan Espantaleón. |
| FERNANDO | Sr. Barbero |
| EL SANGUIJUELA. | Antonio Riquelme. |
| LEONARDO | |
| CHOFER | |
| MOZO 1.º | N. N. |
| IDEM 2.º | N. N. |

Epoca actual.

Derecha e izquierda las del actor.



ACTO PRIMERO

Hall de la quinta de la señora de Riaza; todo el foro, cristalada, y en el centro puerta de cristales también, que da paso al jardín. Toda la cristalada puede cubrirse con varios transparentes que juegan. En este momento, que es la hora abrasada de la siesta, los transparentes, que están corridos, cubren la cristalada, cierran el paso a la luz exterior y dejan la escena envuelta en una dulce penumbra. En foro derecha, chaflán del hall, y en él puerto grande de entrada. Primer término derecha, puerta, y otra en la izquierda. Muebles de buen tono. Es verano.

ESCENA PRIMERA

DOÑA TEODORA y SOCORRO

(Doña Teodora, muellemente reclinada en una butaca, dicta a Socorro, taquimecanógrafa. Dicta a intervalos, porque la paz y el sopor de la hora cálida la adormece, y de cuando en cuando da una leve cabezadita, arrullada por el tintineo de la máquina de escribir. Este artefacto está colocado sobre una mesita, junto a la cristalada. El transparente que corresponde a este sitio está levantado un poco, y permite el paso de una leve luz. Al levantarse el telón, Socorro escribe un momento, como si terminase un párrafo que le acabaran de dictar.)

- Doña Teodora ha entornado los ojos y cabecea levemente.)*
- SOCORRO *(Terminando el párrafo.)* ...De hoten... totes... y bosqui... manos: Ya está. *(Doña Teodora no responde.)* Bosquimanos... ¡Bosquimanos!...
- TEODORA *(Despertando al grito y sobresaltada.)* ¡Socorro! Socorro, te tengo dicho que no levantes tanto la voz: ¿Qué me decías?
- SOCORRO Que ya está el párrafo.
- TEODORA Ah, sí, es verdad; no te extrañes: ¡el calor!; esta penumbra, este silencio, esta butaca... Sin querer la entrego.
- SOCORRO No durará mucho el silencio; los señores están haciendo sus preparativos para salir de cacería.
- TEODORA Pues aprovechemos el tiempo. ¿En dónde estábamos?
- SOCORRO *(Leyendo la cuartilla que tiene en la máquina.)* «Es digno de señalarse el contraste que existe entre pueblos de un origen común, como, por ejemplo, los de hotentes y bosquimanos.
- TEODORA Comprendido. Sigamos. *(Dictando.)* Los bosquimanos forman el pueblo más atrasado en punto a civilización...
- SOCORRO ... Civilización...
- TEODORA Es el más repugnante de todos los pueblos. Del bosquimano al gorila y al chimpancé, no hay más que un paso. *(Vuelve a su sueño.)*
- SOCORRO Un paso. *(Viendo que doña Teodora no responde, dice más fuerte.)* ¡Un paso!...
- TEODORA *(Reponiéndose otra vez.)* Socorro, que te he dicho...
- SOCORRO Es que si no subo un poco la voz se queda usted frita.
- TEODORA De todas las razas humanas, el cerebro más pequeño corresponde al bosquimano...
- TEODORA La ciencia ha descubierto... descubiertó... con el auxilio... *(Vuelve a dormirse.)*

SOCORRO Auxilio... (*Al ver dormida a doña Teodora dice a voz en grito.*) ¡Auxilio! (*Doña Teodora despierta y se levanta sobresaltada y grita.*)

TEODORA
SOCORRO ¡Socorro! ¿Qué ocurre que pides auxilio? Si es que le grito la última palabra: ¡Auxilio!

TEODORA ¡Vamos! Es para darte con la máquina en la cabeza. Dejemos esto. No sé lo que dicto. Ya trabajaremos más tarde. Voy a ver qué hacen esos cazadores. A ver si así me despejo. (*Mutis por la primera derecha, y Teodora y Socorro, después de recoger las cuartillas, la sigue.*)

ESCENA II

FERNANDO y PAULINA

(*Vienen por el foro derecha. Fernando viste traje de cazador y trae al hombro una escopeta.*)

FERNANDO Le juro a usted que maldita la gana que tengo de salir al campo. Ir de caza a las cuatro de la tarde, me parece absurdo.

PAULINA A cualquier hora se puede cazar. (*Paulina se dirige al foro y va recorriendo todos los transparentes que cubren la cristalada.*)

FERNANDO ¿Y no cree usted que estaríamos mejor aquí?

PAULINA Aquí corrían ustedes el riesgo de aburrirse mucho.

FERNANDO Los demás, no sé. Yo no iba a tener tiempo.

PAULINA ¿Por qué?

FERNANDO No me obligue usted a decírselo. Usted lo sabe, Paulina. ¿Por qué vengo con tanta frecuencia a este pueblo?

PAULINA Eso lo sabe todo el mundo. Porque es usted muy amigo del médico y de la señora del médico.

FERNANDO ¿Qué quiere usted decir?

PAULINA Que, al parecer, le trae a usted loco ese asunto. Amigo mío, como siga usted así, va usted a ser mi primer cliente. Ya sabe que mi especialidad son las enfermedades nerviosas y mentales.

FERNANDO Le ruego que no insista en hablarme de Antonia. Esa mujer no me interesa.

PAULINA Al revés entonces de lo que le ocurre a Antonia con usted. Porque usted sí le interesa a Antonia.

FERNANDO No sé lo que pueda ocurrirle a ella, ni me importa, aunque no creo que tenga por mí más predilección que por otro cualquiera. Soy su huésped siempre que vengo a pasar unos días a este pueblo, y ella no hace otra cosa que tratarme como a tal huésped, procurando, eso sí, hacerme agradable la estancia.

PAULINA Lo sé. No hace falta que insista usted en ello. Conozco a Antonia y tengo idea de que cumple a maravilla los deberes de la hospitalidad.

FERNANDO Es usted terrible, Paulina.

PAULINA ¿Por qué? Sí; es cierto que digo cosas muy atrevidas con la misma naturalidad que las diría usted, que es hombre. Pero no lo extrañe, y, sobre todo, no me juzgue mal por eso. Tenga usted en cuenta que yo no soy una mujer como las demás. He estudiado una carrera, Medicina, nada menos.

FERNANDO Lo comprendo. Pero permítame usted que niegue la inclinación que usted supone. Usted sabe que es otra mujer la que me hace venir con frecuencia a este pueblo.

PAULINA ¡Ah! ¿Es otra? Rosina tal vez. Me alegro entonces. Rosina es una muchacha muy linda y muy buena. Lo sé muy bien, porque Rosina no tiene secretos para mí. Ahí tiene usted el ideal. Una joven de diez y nueve años, guapa, rica y muy buena. Y

también estoy segura de que le quiere a usted.

FERNANDO Será verdad, puesto que no tiene secretos para usted; y, efectivamente, Rosina es una linda criatura, capaz de hacer feliz al más exigente... pero no estoy enamorado de Rosina. Tampoco es ella.

PAULINA ¿Tampoco? Pues no comprendo...

FERNANDO ¿Por qué se finge la sorprendida Usted, que tiene tanta libertad de acción y de expresión, ¿por qué imita ahora el disimulo de las mujeres modosas y discretas?

PAULINA Contestaré con la libertad de expresión que usted desea. Porque si esa otra soy yo, que es lo que usted quiere darme a entender, es inútil que pensamos en ello ninguno de dos.

FERNANDO ¿Inútil? Me cree usted indigno de...

PAULINA No. Le creo a usted digno de todo, puesto que lo es usted de mi amistad. Pero yo no quiero casarme.

FERNANDO No es una razón de peso. Así dicen todas las mujeres.

PAULINA Lo dicen por coquetería, y siendo así, no es una razón; dice usted muy bien. Pero yo lo digo por convicción. Mi vida es para la ciencia, amigo Fernando.

FERNANDO No lo creo. Lo será hoy porque yo no supe llegar a su alma. Pero si llego algún día o si llega otro más afortunado que yo, usted se sentirá muy mujer desde aquel momento mismo. Porque no hay nada de varonil en usted más que la educación. Usted, usted es profundamente, deliciosamente femenina.

PAULINA Error de usted, amigo Fernando; yo soy el doctor Ramírez.

FERNANDO Pues permítame usted que le haga el amor al doctor Ramírez, a ver si ese doctor Ramírez se me convierte un día en una Paulina encantadora.

PAULINA Permitido; pero pierde usted el tiempo. Mi consejo leal es que piense un poco en serio, en Rosina.

ESCENA III

DICHOS, DON LEONARDO, boticario del pueblo, con arreos de caza, seguido de DONA TEODORA y SOCORRO

(Salen primera derecha.)

LEONARDO (Saliendo.) Pero nos vamos, o no nos vamos.

FERNANDO Nos vamos a aburrir, querido boticario.

LEONARDO ¿Usted cree?...

FERNANDO Tengo la seguridad.

TEODORA Con tal de que vuelvan ustedes con algún roedor o algún volátil.

LEONARDO Yo no sé lo que traeré, pero como me salga algo, lo que me salga, *morituri te salutan*.

TEODORA Qué amigo es usted de las lenguas muertas.

LEONARDO Es una costumbre. Bueno, ¿pero a quién esperamos?

PAULINA A mi tío Simplicio.

LEONARDO ¡Ah! ¿Hay que esperar a Tartarín Mataperros?

FERNANDO ¿Pero por qué le llaman ustedes Tartarín Mataperros?

LEONARDO Porque es las dos cosas. Presume de cazador y no ha matado en su vida más que perros. Eso sí; perro que sale con él, perro que no vuelve. Por eso sale poco, porque el pueblo no puede surtirle de todos los que necesitaría.

FERNANDO ¿Y hoy lleva víctima también?

PAULINA Seguramente.

TEODORA Ahora tiene uno muy noble. Se llama «Mahoma», pero no creo que sea muy cazador.

PAULINA (A Fernando.) Creo que tiene usted razón, y que van a perder el tiempo.

- FERNANDO Por mi parte, puede usted contar con una perdiz.
- PAULINA Formará parte de nuestra cena.
- LEONARDO (*A Fernando.*) Mucha seguridad tiene usted en la escopeta.
- FERNANDO Mucha. No me falla nunca.
- LEONARDO Lo contrario que a don Simplicio.
- PAULINA ¿Por qué no matan ustedes la espera tomando una copita de Jerez?
- FERNANDO Algo hay que hacer.
- TEODORA (*A Socorro.*) Socorro, haz el favor de decirle a Rafaela que traiga una botella de Jerez y unos vasitos.
- SOCORRO En seguida. (*Mutis primera izquierda.*)

ESCENA IV

(*Por el foro derecha aparece la figura de DON SIMPLICIO, de unos cincuenta y cinco años, vestido también de cazador, pero con muchos arreos, colgada en banderola una enorme trampa de caza. Sujeto con cadena, collar y bozal, saca un perro lo más grande que encuentren.*)

- SIMPLICIO Vamos, «Mahoma», no seas insociable, que son amigos.
- PAULINA Ya están ustedes todos.
- SIMPLICIO (*Avanzando al centro de la escena.*) Buenas tardes.
- FERNANDO Ya era hora.
- SIMPLICIO Me he retrasado un poco porque «Mahoma» estaba durmiendo, y por no entorpecerle la siesta...
- TEODORA ¡Mal despertar va a tener el pobre!
- FERNANDO ¿De modo que es éste el perro que lleva usted?
- SIMPLICIO Este. Un ejemplar magnífico. Se llama «Mahoma»: es de raza árabe.
- FERNANDO Entonces, éste es el cadáver de hoy.
- LEONARDO Requiescant in pace.
- PAULINA ¡Animalito!

- TEODORA Desdichado.
- LEONARDO Fíjense ustedes en los ojos. Presiente la muerte cercana.
- SIMPLICIO Bueno, pero... ¿qué es esto? ¿Es que me están ustedes tomando el pelo?
- FERNANDO Es que nos lamentamos de la próxima defunción de ese desventurado can.
- SIMPLICIO Ah, ya comprendo. Usted también se ha sumado a las calumnias de los envidiosos.
- LEONARDO Conste que entre esos envidiosos que citas figuro yo.
- SIMPLICIO Sí, ya sé que eres uno de los que vociferan que yo mato los perros.
- LEONARDO ¿Y no es verdad?
- SIMPLICIO No, señor.
- LEONARDO Entonces, ¿quieres explicarme qué ha sido del pobre «Sultán»?
- SIMPLICIO Al «Sultán» me lo mató un auto.
- TEODORA ¿Pero los autos llevan perdigones? Porque ya sabes que tenía la cabeza acribillada.
- SIMPLICIO Sí, señor; de un tiro que le disparé yo para abreviar su agonía. ¡Un acto de piedad! Al acercarme a él me miró de un modo tan lastimero y agitó la cola tan expresivamente, que lo comprendí todo: ¿Quieres que te despené?, le pregunté, y volvió el hocico, como diciendo: haz lo que quieras de mí; y lo despené.
- LEONARDO ¿Y el seter que te regaló el juez?
- SIMPLICIO Me lo mató un conejo.
- FERNANDO ¿Un conejo?
- SIMPLICIO Un conejo, que al tiempo de tirarle se le ocurrió esconderse detrás del perro, y claro le dí a él; pero es que si todos los conejos hicieran lo mismo...
- FERNANDO ¿No sería que apuntó usted mal?
- SIMPLICIO ¿Mal? ¿Apuntar yo mal? Precisamente le he tomado el tranquillo a la escopeta y no se me escapa ni un mosquito.
- PAULINA ¿Pero es que esa escopeta necesita de un tranquillo, tío?

- SIMPLICIO** Y de un tranquillo especial. Por ejemplo: le quiero dar a la veleta de torre de la iglesia, pues tengo que apuntar a la puerta del Ayuntamiento.
- LEONARDO** ¡Caray! ¡Vaya desviación!
- FERNANDO** ¿Y por qué usa usted esa escopeta?
- SIMPLICIO** Porque me he acostumbrado a ella, y con otra no haría blanco nunca. Pero de eso a llamarme Mataperros... Al que me lo llame le pego un tiro.
- LEONARDO** ¡Con esa escopeta!...
- FERNANDO** Para pegarnos un tiro a nosotros tendrá usted que apuntar a la casa de enfrente.
- SIMPLICIO** ¡Mataperros yo! ¿Ven ustedes éste? Pues ya le tengo una semana, y aquí está, sano y salvo.
- PAULINA** ¿Y por qué lo llevas atado?
- SIMPLICIO** Porque si no le llevo atado no le llevo. El pobre «Mahoma» tiene poca afición a cazar. A rastras le traigo desde casa, porque no quería venir.
- FERNANDO** ¿Y con bozal?
- SIMPLICIO** Si no llevara bozal, ya me habría mordido para verse libre.
- LEONARDO** Pues con un perro en esas condiciones vas a hacer una gran cacería.

ESCENA V

DICHOS y RAFAELA y SOCORRO

(Entran Rafaela y Socorro por la derecha, trayendo el Jerez y copas.)

- SIMPLICIO** Ésto es hasta que se acostumbre.
- PAULINA** Vaya, señores, un poquito de Jeez.
- LEONARDO** Ésto entona y prepara muy bien a los cazadores.
- FERNANDO** ¿Le parece a usted que demos un traguito a «Mahoma»?
- SIMPLICIO** No es preciso. Éste se animará al primer tiro que yo dispare.

FERNANDO Se animará si no le recibe en la barriga.
SIMPLICIO ¡ Ah! Se me olvidaba. Mi mujer vendrá en seguida.

TEODORA ¿Cómo no ha venido contigo?
SIMPLICIO Porque la pobre se quedó llorando al ver que me traía a «Mahoma».

FERNANDO Tiene buenos sentimientos.
LEONARDO ¿Vamos, señores?
FERNANDO En marcha. Hasta luego.
TEODORA Que se diviertan ustedes.
PAULINA ¡Que cacen mucho!
TEODORA Y si no, ya saben ustedes dónde está el mercado. (*Rafaela retira el servicio y hace mutis por la izquierda; doña Teodora se acerca a la cristalada para ver marchar a los cazadores.*)

TEODORA ¡Adiós! ¡Ya se van!
SIMPLICIO (*Dentro.*) Vamos, «Mahoma». No seas pesado.

PAULINA ¿No quiere seguirles el perro?
TEODORA A rastras se lo lleva.
SIMPLICIO (*Dentro.*) Veremos quién tiene más fuerza.
SOCORRO ¡Está luchando con él.
TEODORA Ahora sí que va.
PAULINA ¿Por fin?
TEODORA Sí. Ha cogido al perro en brazos.

ESCENA VI

PAULINA, TEODORA y SOCORRO

SOCORRO Seguramente volverán sin nada.
PAULINA Afortunadamente, no se ha contado con lo que puedan tarer para preparar la cena.
TEODORA Es que si se hubiera contado, no cenábamos. Unos cazadores que salen a cazar a las cuatro de la tarde, con esto basta.
PAULINA Es por distraerse nada más. No tienen otras distracciones que la caza o el tresillo o la partida de billar en el casino del pueblo.
TEODORA ¿Y qué quieres que hagan en un pueblo

como éste? Yo me aburriría también; pero trabajo, estudio, escribo libros, sostengo pleitos, y así es otra cosa.

SOCORRO

A propósito. ¿Cómo van esos asuntos de usted?

TEODORA

Ya lo sabes: los científicos, bien. Los jurídicos, en marcha. Hoy precisamente espero a mi abogado, que debe llegar de Madrid. Las gentes de por acá, que son inciviles, piensan que porque vivo entregada a la ciencia, pueden burlar mis intereses; catorce pleitos sostengo ahora, cinco de ellos contra el Ayuntamiento por aprovechamiento indebido de terrenos míos. La otra tarde fuí al Ayuntamiento, estaban en sesión, entré y allí mismo puse al alcalde y a los concejales como un trapo. No sé si mi discurso habrá constado en acta, pero lo merecía. ¿Querer burlarme a mí Ellos, que no son más que unos papanatas, a mí, a Teodora Ramírez, nombre glorioso en las ciencias naturales.

SOCORRO

Y tan glorioso. Hoy mismo la he visto a usted retratada en todos los periódicos que han llegado de Madrid.

TEODORA

Sí, es con motivo de la publicación de un nuevo libro de carácter antropológico.

PAULINA

¡Hola!

TEODORA

Un libro defendiendo la superioridad de la mujer respecto al hombre. Se titula «La supremacía de la hembra en la familia de los bípedos». Es un estudio acabadísimo de nuestra superioridad, hasta el extremo de que demuestro científicamente, así, científicamente, que si no existiera la mujer, no podría existir el hombre.

SOCORRO

Realmente, posee usted un gran talento.

TEODORA

¿Pues y mi sobrina

PAULINA

¡Tía, por Dios!

TEODORA

Aquí la tienes. Ya terminó, como sabes,

- la carrera de Medicina, y seguirá la ruta que yo he trazado.
- PAULINA Eso sí. Estudiar, trabajar.
SOCORRO Lo malo es que Paulina es joven. Puede enamorarse...
- PAULINA ¡Enamorarme! ¿Quién piensa en eso?
TEODORA ¡Enamorarse! Eso nunca. Soltera toda la vida, como yo. El hombre es egoísta y exige el sacrificio de todas nuestras aficiones. No he criado yo a Paulina para tal cosa. Cuando quedó huérfana, la tomé a mi cargo. Soy rica, y mi dinero es para ella. Es mi sucesora. La he preparado para las ciencias naturales.
- SOCORRO Pues don Fernando la hace el amor.
PAULINA Pero yo no le hago caso.
TEODORA As í debe ser. Fernando, que se case con una de esas señoritas cursis que no tienen otra profesión que la del matrimonio. Paulina es sacerdotisa de la ciencia. Debe seguir las huellas de Darwin. Todavía no se ha encontrado el hombre primitivo o el mono superior que enlaza la familia de los bípedos con la de los cuadrumanos. Paulina lo encontrará.
- SOCORRO Sin embargo, don Fernando no es mal partido. Muy rico, muy simpático...
- TEODORA Muy mono, sí, pero no es este el mono que nos interesa...
- PAULINA Ni yo he estudiado todo lo que estudié para dedicarme luego a ajustar la cuenta de la compra a la cocinera. Quiero ejercer la Medicina, y que hablen de mí los periódicos, como de mi tía, que la dedican columnas enteras.
- TEODORA Y lo conseguirás, porque tienes un talento inmenso. Ya sabes que todos los años ha vuelto llena de matrículas de honor.
- SOCORRO Ya lo sé.
TEODORA Y en la licenciatura ha sido premio extraordinario.

SOCORRO Mucho talento tiene, mucho.
TEODORA ¿Que si lo tiene? Lo digo yo, que sé bastante de esto. En cuanto Paulina tenga un laboratorio, ¡pobre Ramón y Cajal!
PAULINA ¡Tía, por favor!
TEODORA Lo va a dejar chiquitito.

ESCENA VII

DICHAS y TERESA

(Teresa es la mujer de don Simplicio. Matrimonio desigual, porque ella es joven y guaja. Entra foro derecha.)

TERESA ¿Me he hecho esperar mucho?
PAULINA ¡Hola, Teresa!
TERESA ¿Qué tal, Teodora?
TEODORA Perfectamente.
TERESA *(A Socorro.)* A usted la ví hace un rato, y por eso...
SOCORRO Es natural. *(Teresa mira a todas partes.)*
PAULINA ¿Qué miras?
TERESA Busco a «Mahoma». ¿No está?
TEODORA Se lo llevó tu marido en brazos.
TERESA Ese hombre es un malvado. Me alegraría que le mordiera. Pero Dios mío, ¿qué daño le habrán hecho esos animalitos? ¿Y Rosina? ¿No ha venido Rosina?
PAULINA ¡Qué preguntas! ¿No sabes que hoy es jueves?
TERESA ¿Y qué ocurre los jueves? ¡Ah, si es verdad, es que hay cine en el teatro y no falta nunca! Está loca por el cinematógrafo. Se comprende, después de todo. Aquí no hay distracciones mejores y ella necesita distraerse. *(Se oye un tiro.)*
TEODORA ¡Un tiro!
SOCORRO Por lo visto, han encontrado caza.
PAULINA Tan cerca, es extraño.

ESCENA VIII

(Se oyen voces fuertes en el foro derecha, y entra MARCELO con la mano izquierda teñida, levemente ensangrentada y tapándose con el pañuelo, le sigue el chófer.)

MARCELO Ustedes perdonen que me tome la libertad, pro estoy herido...

TODAS ¡Herido!

MARCELO Afortunadamente, creo que no es de cuidado.

PAULINA Entonces, el tiro que hemos sentido...

MARCELO Venía yo en mi automóvil por la carretera, cuando un hombre vestido de cazador, con una trampa de caza ceñida en bandola, disparó un tiro contra el auto.

TERESA (Asustada.) ¡Jesucristo!

MARCELO Ha roto todos los cristales: el ayudante del chófer ha salido en su persecución, porque escapó campo atraviesa.

TEODORA ¡Es terrible!

TERESA Ese hombre va a ser mi desgracia.

MARCELO ¿Es su padre de usted tal vez?

TERESA No, señor; mi marido.

MARCELO Pues le acompaño a usted en el sentimiento.

TERESA (Con alegría.) ¿Le va usted a matar? Gracias, caballero.

MARCELO ¿Matar?... Lo digo porque debe ser algo bruto.

TERESA Es que... habrá apuntado al monte...

MARCELO ¡Pero si nosotros veníamos por la carretera!

TERESA Precisamente por eso: es una escopeta especial: voy a ver si lo han cogido. (Mutis de Teresa por foro derecha.)

ESCENA IX

DICHOS, menos TERESA

- PAULINA ¿De modo que está usted herido?
MARCELO No es nada. Con los cristales del coche.
PAULINA Hay que curarle. Pronto, Traedme mi botiquín.
TEODORA En seguida.
SOCORRO Yo la ayudaré. (*Mutis las dos primera izquierda.*)
MARCELO ¿Es pariente de usted acaso el tal sujeto?
PAULINA ¿Qué sujeto?
MARCELO El del tiro.
PAULINA Tío mío, sí, señor.
MARCELO ¿Y cómo se explica usted la agresión?
PAULINA No fué agresión. Es que ya lo ha oído usted, tiene una escopeta de muy complicada puntería.
MARCELO Pues pudo probarla en el monte. ¿Nos habrá hecho alguna avería grave, Julián?
JULIAN Creo que no, pero puedo ir a reconocer el coche.
MARCELO Sí, véalo. (*Mutis Chófer. Entra doña Teodora y Socorro con el botiquín y un aguamanil.*)
SOCORRO Aquí está el botiquín.
PAULINA Veamos. Lavaremos la mano.
MARCELO Yo mismo...
PAULINA No faltaba más... Déjeme usted. (*Le lava la mano cuidadosamente con algodón en rama mojado.*) ¿Venía usted de Madrid?
MARCELO De Madrid.
PAULINA Ha sido un paseo accidentado, entonces.
MARCELO No era paseo. Voy a casa de una señora que ha requerido mis servicios como abogado.
TEODORA En este mismo pueblo.

- MARCELO Creo que mi cliente vive en un hotelito fuera del pueblo.
- TEODORA Entonces es aquí.
- MARCELO ¿Cómo? Usted es doña Teodora Ramírez?
- TEODORA Justamente, y usted el abogado D. Marcelo de Arellano.
- MARCELO El mismo. ¡Qué casualidad!
- TEODORA Y casi lo mata mi hermano; voy a traerlo para que le pida a usted perdón de rodillas.
- MARCELO Por Dios, señora.
- TEODORA Esté usted seguro. Y tú, Paulina, cúbalo bien.
- PAULINA Descuida.
- TEODORA Anda, Socorro.
- SOCORRO Vamos. (*Hacen mutis por foro aerecha.*)
- PAULINA Ya está limpia la mano. Veamos la herida. Aquí está. No es importante.
- MARCELO Me duele un poco.
- PAULINA Espere usted. Voy a desinfectarla. (*Empapa de yodo de un frasquito un poco de algodón y desinfecta la herida.*)
- MARCELO Por lo que veo, usted es sobrina de mi cliente doña Teodora.
- PAULINA Justamente.
- MARCELO ¿Terminó usted la carrera de Medicina?
- PAULINA Este año. ¿Pero usted lo sabía?...
- MARCELO Todo. Es decir, todo no, porque el amigo que me ha recomendado a su tía guardó un secreto, pero lo he descubierto ya.
- PAULINA ¿Un secreto?
- MARCELO Que era usted muy bonita. (*Paulina se echa a reír.*) No se ría usted, no. Yo creía que usted era francamente fea. ¡Ay!
- PAULINA ¿Qué le pasa?
- MARCELO Por haber creído que usted era fea, no merezco que me haga daño.
- PAULINA ¿Le hice daño? ¿A ver?
- MARCELO ¡Ay!
- PAULINA ¿Es aquí?

- MARCELO ¡Ay! A... ahí, sí... ahí. Pero no apriete usted, por Dios.
- PAULINA Es usted muy sensible.
- MARCELO No lo crea usted. Si fuera usted un médico, no me quejaría; pero me gusta que las mujeres me traten con dulzura.
- PAULINA En este momento yo no soy para usted una mujer.
- MARCELO ¿Que no? Usted es para mí una mujer lo mismo ahora que con 42 grados de calentura.
- PAULINA Tiene usted un vidrio dentro de la herida. Hay que sacarlo. (*Prepara el infiernillo.*) ¿Me da usted una cerilla?
- MARCELO No puedo ahora. Busque usted la caja. Aquí, en el bolsillo de la americana. (*Paulina busca la caja. Está en este momento muy cerca de Marcelo, que la mira muy embelesado.*) ¡Jesucristo! Pues no es guapa ni nada.)
- PAULINA ¿En qué bolsillo?
- MARCELO En ese de la izquierda. ¡Y qué descote! Terciopelo nada más. ¡Uy! Ahora me la comía.)
- PAULINA Aquí está. (*Saca la caja, enciende una cerilla y con ella el infiernillo.*)
- MARCELO (Y con un olor a heliotropo que atonta. Y quiere que me parezca un médico. Un médico me olería a ácido fénico, pero no a heliotropo.) (*Paulina cobe unas pinzas y las pasa por la llama. Luego las introduce en un frasquito de alcohol.*)
- PAULINA De modo que usted creía que yo era muy fea. ¿Y por qué?
- MARCELO Porque soy antifeminista. Las mujeres de talento se me figuran feas siempre.
- PAULINA No comprendo.
- MARCELO Me explicaré. Las mujeres guapas, con arreglarse, presumir, coquetear, recibir declaraciones y contestarlas, tienen ocupada su vida y aun les falta tiempo. Las feas no

- tienen nada que hacer, y pueden cultivar el estudio.
- PAULINA Venga esa mano.
- MARCELO ¿De acuerdo? Pues chóquela usted.
- PAULINA No, hombre; la otra. Vamos a sacar el vidrio.
- MARCELO ¡Ah! Eso es otra cosa. Con delicadeza, ¿eh? Con mucha delicadeza. Y si puede ser con dulzura, mejor.
- PAULINA ¡Conforme! ¡Con dulzura!
- MARCELO Bueno. Con dulzura. Así... así... eso es... muy bien... muy bien... ¡ay!... ¡Muy mal! ¡Muy mal!
- PAULINA No sea tan delicado. Tenga paciencia.
- MARCELO Paciencia, sí. ¿Qué es hoy? ¿Domingo? Pues ojalá dure la cura hasta el sábado.
- PAULINA No tanto, no tanto.
- MARCELO ¡Ay!... (*Mirándola enamorado.*) ¡Ay mi madre!...
- PAULINA No se queje, no se queje.
- MARCELO Si no me quejo. Estos ayes son... de... de dolor... por...
- PAULINA Ya lo sé.
- MARCELO De dolor, porque no dura hasta el sábado.
- PAULINA Se me escapa ese maldito vidrio.
- MARCELO ¿Se le escapa? Lo contrario que haría yo. Yo me dejaría prender por las pinzas de sus brazos para no librarme jamás.
- PAULINA Es usted un poco tonto.
- MARCELO ¡Tonto! Pues no creo que me haya salido tan mal este símil quirúrgico-amoroso, señorita.
- PAULINA No me llame ahora señorita. Llámeme doctor.
- MARCELO Si la llamo doctor no le puedo hablar de las pinzas de sus brazos. ¡Ay!
- PAULINA ¡Qué rabia!
- MARCELO ¿Sigue escapándose?
- PAULINA Está incrustado, y no obedece.
- MARCELO Los vidrios son poco galantes con las damas.

- PAULINA Debía abrir un poco la herida con el bisturí.
- MARCELO No. Eso, no. Herramientas inciso-cortantes, de ninguna manera. (*Se separa bruscamente.*)
- PAULINA Yo también quiero evitarlo. Esperaremos. Descanse usted un poco.
- MARCELO Descansaremos los dos. ¿Me permite usted que fume? Soy un gran vicioso del tabaco.
- PAULINA No debía permitirlo. Al lado de una señora...
- MARCELO ¿Cómo? ¿Pero no hemos quedado en que usted es el doctor?
- PAULINA Es verdad. Lo permito.
- MARCELO Sea usted amable. Aquí, en este bolsillo de la izquierda, está la pitillera. (*Paulina busca y saca la pitillera. Coge un cigarro y se lo pone a Marcelo en la boca.*) (¡Es deliciosa!) Una cerilla. (*Paulina prende una cerilla y le enciende el cigarro.*) (¿Qué va a ser el doctor? Es una mujer que me enciende... que me enciende la sangre.)
- PAULINA Ya está.
- MARCELO Muchas gracias. Y, desde este momento, la nombro a usted mi médico de cabecera.
- PAULINA Conforme, pero que no sean necesarios mis servicios.
- MARCELO Al contrario. Me parece que la voy a llamar todos los días.
- PAULINA Cuando esté usted enfermo.
- MARCELO Aunque no lo esté.
- PAULINA Si no lo está, no iré.
- MARCELO Es que si no va estaré enfermo de veras, porque me da el tífus. Pero no creo sea preciso, porque ya me estoy sintiendo malucho.
- PAULINA ¿Tan pronto
- MARCELO Usted me sacará el vidrio, pero me va a dejar una cardiaquitis crónica incurable.
- PAULINA ¡Qué buen humor tiene usted!
- MARCELO ¿Buen humor? Sí, sí. Esto es muy serio.

Muy serio, porque... Yo vivía contento y feliz cuando me llama su tía para estudiar unos asuntos jurídicos. Vengo. En el kilómetro 14, un pinchazo. Ahí enfrente, un tiro. Los cristales rotos y la mano herida. Y aquí... aquí usted, que me impresiona más que el pinchazo, que el tiro y que la herida. Usted, que me hace pensar en que yo podría enamorarme y casarme. ¡Fíjese usted! ¡Casarme! ¡Qué verdad es que las desgracias nunca viene solas!

PAULINA Realmente, es usted un hombre pintoresco.

MARCELO ¿Nada más que pintoresco?

PAULINA ¿Qué más?

MARCELO Hubiese querido oír la alguna frase de más aproximación a mí. Que no la he sido antipático, por ejemplo.

PAULINA No me lo ha sido usted.

MARCELO Ni tampoco indiferente.

PAULINA ¡Indiferente!...

MARCELO ¿Es mucho pedir? Pues diga usted que me ha oído con gusto lo que dije de enamorarme.

PAULINA Eso... es que yo...

MARCELO Hable usted.

PAULINA ¿Sacamos el vidrio?

MARCELO En seguida. Haga usted de mí lo que se le antoje. *(Paulina vuelve a coger las pinzas y procede a extraer el cristal.)* ¿Ve usted? Ya no me quejo...

PAULINA ¡Quieto! Le cogí, le cogí. ¡Ya es mío!

MARCELO Y yo también.

PAULINA Ya sale.

MARCELO ¡Ay! ¡Ay!

PAULINA ¡Ya está! Es usted un cobarde.

MARCELO ¡Cobarde! Vuelva a colocar el vidrio en su sitio y extráigalo otra vez.

PAULINA Ahora un poco de yodo. ¡Así! Y un pedacito de tafetán. ¡Listo! Terminada la cura, señor Arellano.

MARCELO
PAULINA
MARCELO

¿Y cuánto la debo?
Me debe usted un poquito de amista.
¿Amistad? Es poco. No soy tacaño. Cuen-
te usted con mi cariño.

PAULINA
MARCELO
PAULINA
MARCELO

(*Riendo.*) ¡Cariño!
¿Por qué no?
Porque yo soy una mujer seria y grave.
¡Usted! ¿Grave usted con esa cara tan bo-
nita? ¿Sería usted con esa boca que se son-
ríe sin querer, y que es grandecita para
que quepan más besos. Vamos, eso de la
seriedad es un delirio. Usted tiene fiebre.
La diagnosticaré y la recetaré.

PAULINA
MARCELO

¿Usted?
Yo, que soy más médico que usted para
estas dolencias. Especialista en afecciones
nerviosas y cardíacas de la mujer. A ver
el pulso. (*Ella le entrega la mano y él la
pulsas mientras ella ríe.*) ¡Malo, malo, ma-
lo! Ríase usted, pero malo; 432 pulsacio-
nes. ¡Malo! (*Ella se ríe más todavía.*)

PAULINA
MARCELO

¡Qué buen humor tiene usted!
¡A ver el corazón! Déjeme que la aus-
culte.

PAULINA
MARCELO
PAULINA
MARCELO

No, eso no.
¿Por qué? Entre compañeros...
Es que yo... soy una mujer.
¡Así! ¡Así, Paulina! ¡Una mujer! Pero
no hace falta auscultarla. Me basta su mi-
rada. Por sus ojos penetro yo hasta su co-
razón.

PAULINA
MARCELO

¿Y está enfermo?
Principia a estarlo. No tengo más reme-
dio que curarla a usted. Voy a recetar.
(*Saca un block y lápiz y comienza a es-
cribir.*) ¡Ahí va!

PAULINA

(*Leyendo la receta.*) Despáchese. Extrac-
to de amor, 1.000 gramos. Tintura de óscu-
los, 750. Infusión de abrazos, 400. Jarabe
de pico, a profusión. Mézclese y agítese.
Para tomar a grandes tragos. Cuatro do-

sis diernas, y es poco. (*Una franca cargada de Paulina.*)

MARCELO

¿Se ríe usted? No me disgusta el síntoma. Empieza bien la curación.

ESCENA X

DICHOS y TEODORA, TERESA y SOCORRO por foro derecha.

TEODORA

(*Entrando.*) Nada, se lo ha debido tragar la tierra.

MARCELO

¿Qué? No parece nuestro hombre.

TERESA

Ni él ni «Mahoma».

SOCORRO

Don Fernando y don Leonardo darán con él.

TEODORA

Bueno, y la herida, ¿qué?

PAULINA

¡Bah! No tiene importancia.

MARCELO

La herida, no; pero... ¿y las complicaciones? ¿No cree usted que habrá complicaciones?

PAULINA

No es fácil.

TEODORA

Supongo que pasará usted unos días con nosotros; así podré ponerle en antecedentes de los varios negocios que va usted a encargarse.

PAULINA

Aquí, el Sr. Arellano se aburriría seguramente.

TEODORA

Cierto que este pueblo no tiene muchas distracciones.

SOCORRO

Algunas veces hay baile en el Casino.

TERESA

Y puede salir de caza con mi marido.

MARCELO

No, con su marido de usted, no.

PAULINA

Lo que sí hay en este pueblo son muchachas muy lindas.

TEODORA

Tenga usted cuidado, no sea que le pesquen.

MARCELO

No es difícil; como el anzuelo sea de mi gusto y me lo quieran poner, me lo trago hasta el gaxnate. Ahora que no creo que

sea con muchachas de pueblo, modositas, discretitas y vulgarcitas...

PAULINA Al contrario. Ahí está el peligro. Las otras, las que no son vulgarcitas, no le gustan a usted. Ya me ha dicho antes que es anti-feminista.

MARCELO Eso sí. Antifeminista acérrimo.

TEODORA ¿Cómo? ¿Es usted antifeminista? ¡Qué absurdo!

MARCELO La mujer, según mi opinión, debe ser toda cariño, dulzura y bondad. Mujer de hogar, en una palabra.

TEODORA ¡Absurdo! ¡Absurdo! Usted quiere una mujer que haga calceta.

MARCELO Calceta precisamente, no diré. Pero que me sepa hacer un chaleco de punto, sí.

PAULINA Parece mentira que un intelectual como usted profese tan anticuados principios. La mujer es un objeto de adorno para ustedes.

MARCELO ¿Y le parece a usted poco? La mujer es nuestro recreo. La queremos bonita, graciosa, tierna, amable, delicada; que nos domine y nos venza a fuerza de mimos y de caricias. Ya sabemos que los mimos nos cuestan medias de seda y las caricias zapatos y los besos sombreros y los abrazos abrigos; pero esto es encantador. Una mujer seria, grave y talentada, de ningún modo. Una mujer que para sacarnos un sombrero nos hablase de Schopenhauer o de Víctor Hugo, sería horrible.

TEODORA ¡Inaudito! ¡Inaudito! No quiero discutir con usted. Ya le convenceremos en estos días que va a pasar con nosotros.

PAULINA Ya lo creo que le convenceremos. (*Se oye una trompa de caza.*)

TERESA Si no me equivoco, esa es la trompa de mi marido.

SOCORRO Sí; me parece que llegan.

ESCENA XI

Entran FERNANDO y LEONARDO por foro derecha.

LEONARDO Ya nos tienen ustedes aquí.
TEODORA ¡Pero sin caza!
FERNANDO Estamos en ridículo: no hemos encontrado más que golondrinas.
LEONARDO Por no haber, ni en el mercado.
TERESA ¿Pero y mi marido?
LEONARDO Ahí lo traen entre el chófer y el ayudante.
MARCELO Le dieron caza.
FERNANDO Se había subido a la copa de un árbol.

ESCENA FINAL

DICHOS y SIMPLICIO; el CHOFER

SIMPLICIO (*Al Chófer.*) Les juro a ustedes que ha sido involuntariamente... ¿Y dicen ustedes que está herido?
TEODORA Herido, y por poco me privas de mi abogado. Pasa, hombre, pasa. (*Presentación.*) Don Marcelo Arellano, abogado; mi hermano Simplicio Ramírez, rentista y cazador.
SIMPLICIO Caballero, yo le ruego a usted que me perdone; pero está visto que con esta escopeta no voy a ninguna parte.
MARCELO Con esa escopeta va usted a ir a presidio.
TERESA Seguramente.
PAULINA ¿De modo que tú tampoco has cazado nada?
SIMPLICIO Me ha saltado un conejo...

LEONARDO

Hola.

FERNANDO

A ver, a ver el morral.

SIMPLICIO

(*Tímido.*) No, el morral, no...

LEONARDO

Sí, sí.

(*Leonardo y Fernando le registran el morral, y le sacan el collar, el bozal y la cadena de «Mahoma».*)

TEODORA

¿Pero qué es eso?

SIMPLICIO

(*Resignado.*) Los restos mortales del perro.

TERESA

¿De modo que «Mahoma»?

SIMPLICIO

En el Paraíso.

(*Teresa da un grito y se desmaya en los brazos de Socorro. Todos se ríen cuando cae el.*)

TELON



ACTO SEGUNDO

Despacho elegante. Puertas al foro y lateral derecha e izquierda. En el testero hay un *etagere* con libros. Mesa de despacho y demás muebles de rigor. Todo lujoso. Estamos en pleno invierno.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, TEODORA y TERESA

- TEODORA (*Teodora en la mesa de despacho. Como si dejara de escribir.*) Mi consejo ya puedes suponer cuál es: ¡nada de cobardías, valor, valor y valor!
- PAULINA Es que... tengo miedo al primer choque, tía.
- TEODORA No sé, por qué.
- TERESA Yo, en su lugar, también lo tendría. Tomar una determinación tan grave sin permiso de su marido.
- PAULINA Eso no; antes de casarnos me prometió dejarme ejercer mi profesión; después de la boda es cuando se ha opuesto. De modo que yo no hago más que usar la promesa que me hizo.
- TEODORA Y muy bien que haces, porque para que lo sepas, él no te deja trabajar por envidia.
- TERESA ¿Por envidia?
- TEODORA Como lo oyes. Sabe que tienes más talen-

to que toda la Real Academia de Medicina junta y que en cuanto empieces a trabajar vas a tener unos triunfos enormes; que vas a ser tú más conocida y elogiada como médico que él como abogado, y que vas a ganar más dinero que él. Su egoísmo se revela. Es claro, como que ahora, cuando vas a algún sitio, las gentes dicen: Es la mujer de Marcelo Arellano, y después será al revés.

PAULINA
TEODORA

¿Cómo al revés, tía?

Al revés, porque dirán de él: ese es el marido de Paulina Ramírez. Egoístas todos los hombres. Exhiben a la mujer cuando es bonita para que les elogien a ellos su buen gusto. Mi concepto del hombre es la única verdad.

TERESA
TEODORA

¿Cuál es ese concepto?

Mi concepto es que el hombre es el animal que más se parece al cuadrumano.

PAULINA
TEODORA

Eso es demasiado.

¡Demasiado! Todo hombre tiene algo de chimpancé.

TERESA
TEODORA

¡Por Dios!

De chimpancé, sí, y si me apuran mucho, de gorila. Soy naturalista y conozco bien los usos y costumbres de esos seres. ¡Ah, si el chimpancé pudiera hablar, trataría de tú a todos los hombres!

ESCENA II

DICHOS; por el foro entra SIMPLICIO, que traerá en los brazos un perro pequeño.

SIMPLICIO

¿Qué? Seguramente estábais comentando mi tardanza.

TEODORA
PAULINA

Por esta vez, te equivocas.

(Fijándose en el perro.) ¿Pero tío, qué es eso?

SIMPLICIO

(Con orgullo.) Esto, esto es un mixto.

TEODORA
SIMPLICIO

¡Un mixto!
Un mixto de pachón navarro y perdigue-
ro de Burgos; en la Puerta del Sol lo he
comprado. Quince duros. ¡Una ganga!

TERESA

¿Que has dado quince duros por ese perro
chico?

SIMPLICIO

¿Pero tú qué sabes de razas. En los perros
hay que pagar sus antecedentes, su árbol
genealógico; y éste tiene un historial mag-
nífico. Una tía suya perteneció a la jauría
del marqués de Navia, y un cuñado de su
madre estuvo cinco años con un guarda
de la Casa de Campo. Lo que se dice un
pura sangre. ¡Y qué vivo es!

TEODORA
SIMPLICIO

Vivo hasta el primer día que lo saques.
Mirar si tendrá instinto, que al pasar por
la Plaza del Carmen, se me iba de los bra-
zos a los puestos de caza. ¿Esto es afición
o qué es?

TEODORA

A lo mejor es hambre, porque tiene una
cara el animalito...

SIMPLICIO

No os quiero decir lo que va a ser esto edu-
cado por mí; primero lo meteré a que me
levante las codornices, las perdices; des-
pués lo meteré en conejos, liebres, etcéte-
ra, etc., y más tarde, en la caza mayor. Ve-
nados, jabalíes...

TEODORA
SIMPLICIO

Tigres, leones...
Tanto como eso no te diré, pero que doy
una escapada a Asturias a cazar osos, eso
como me llamo Simplicio. (*Con entusias-
mo.*) ¡Ah, los osos! ¡Cuántas veces me
he visto frente a frente a ellos!

TEODORA
SIMPLICIO

¿Tú?

TERESA
SIMPLICIO

Yo.
(*Con emoción.*) ¿Dónde?

En la casa de fieras. Siempre que vengo a
Madrid es mi primera visita. Me coloco
frente a la jaula del que hay a mano de-
recha entrando, cierro los ojos y se me
figura que desaparecen los hierros que lo

- guardan y que avanza hacia mí, y lo espero y le apunto...
- TEODORA Sí; pero para darle a él tendrás que apuntar al Ángel Caído.
- SIMPLICIO Tú búrlate, pero el mejor día me ves entrar por esa puerta con una piel al hombro. ¡Ah, si yo matase uno, su piel sería mi trofeo más glorioso! Por nada del mundo me desprendería de ella, y ¡ay! del que me quitase la piel.
- TERESA Simplicio, no delires.
- SIMPLICIO ¿Delirios? Al tiempo.. Bueno (*Dirigiéndose a Paulina.*), ¿y tu esposo?
- PAULINA En Albacete. Una defensa que le encomendaron, y recibió aviso del señalamiento del juicio oral...
- SIMPLICIO Pero regresará pronto, porque ya sabrás a lo que hemos venido.
- PAULINA No.
- SIMPLICIO (*A Teresa.*) ¿Pero no le has contado?...
- TERESA Ahora iba a decírselo...
- TEODORA ¿Te ocurre algo?
- SIMPLICIO Encargándose Marcelo, no creo que tenga mayores consecuencias...
- PAULINA ¿Pero se trata de un asunto judicial?
- TERESA Judicial.
- TEODORA Tal vez una demanda?
- SIMPLICIO Una perdigonada.
- PAULINA Una perdigonada?
- SIMPLICIO Sí; al peón caminero del kilómetro 84.
- TEODORA Por Dios, Simplicio!
- SIMPLICIO No, no creáis que fué un descuido... fué... a escopeta... Yo apunté bien, pero se conoce que gradué mal la desviación y le di al pobre de lleno... Suerte que no le interesé ningún órgano importante...
- TEODORA Pues dónde le diste?
- SIMPLICIO En mitad del órgano, del descanso.
- TERESA Dos días lleva el pobre de pie.
- SIMPLICIO Me han dicho que si lo consideran como lesiones leves, con un juicio de faltas está

todo arreglado; pero yo, por si acaso, he venido a que Marcelo se encargue del asunto, y no regreso al pueblo hasta verlo. Yo supongo que no tardará en venir.

TERESA

ESCENA III

DICHOS; por el foro se oye la voz de ROSINA, que dice, como si hablase con la criada.

ROSINA

(Dentro.) No es necesario que me anuncie; soy de la familia.

TEODORA

¿Parece la voz de Rosina?

SIMPLICIO

Hoy te se va a llenar la casa de parientes.

ROSINA

(Entrando.) Buenos días...

PAULINA

(Besándola.) ¡Rosina!

ROSINA

(Idem.) ¿Cómo estás? *(A Simplicio y Teresa.)* Si llego a saber que veníais a casa de Paulina, hubiera venido con vosotros.

TEODORA

¿Y qué te trae por aquí?

ROSINA

¡Qué ha de traerme!... Mi delirio. Leí en los periódicos que se va a estrenar en el Cinema Royal una película interesantísima y me dije: ¡Ah, pues yo no me quedo sin verla; se trata de una joya cinematográfica, titulada «El aguijón de la mariposa». ¡Qué barbaridad! Protesto como naturalista. La mariposa no ha tenido nunca aguijón. Es un insecto del ramo de los invertebrados, género de los artropódicos, orden lepidóptero.

TEODORA

(En broma.) Volaverum campestre.

SIMPLICIO

Todo eso no quita para que sea una joya.

ROSINA

¡Cuarenta y cinco episodios!

SIMPLICIO

¡Cuarenta y cinco episodios! Entonces tienes que empadronarte en Madrid.

ROSINA

Todo menos quedarme sin verla.

TEODORA

Bueno, yo voy a concluir una crónica científica que me ha pedido un periódico de Calatayud.

- TERESA ¿Qué periódico?
TEODORA «El Defensor de la Dolores», semanario de ciencias y artes.
- SIMPLICIO Yo también voy con ésta a hacer unos encargos, y de pasó a comprarle un collar a «Buda». *(Por el perro.)*
- PAULINA ¡Ah!, ¿pero el perro se llama «Buda»?
SIMPLICIO Se lo he puesto yo; ya sabes que el ceter que me mató el auto se llamaba «Confucio», le sucedió «Mahoma», y a «Mahoma» le sucede «Buda». Lo que es menester es que a éste no le suceda una desgracia. Luego volveré a ver si hay noticias de tu marido. *(A Teresa.)* Vamos.
- TERESA Adiós, Rosina. Ya tendremos tiempo de vernos.
- SIMPLICIO Figúrate. ¡Cuarenta y cinco episodios!
PAULINA Adiós.
TEODORA Adiós. Y ya lo sabes, Paulina. Valor, valor y valor. *(Teodora hace mutis por la primera izquierda, y Simplicio y Teresa por el foro.)*

ESCENA IV

PAULINA y ROSINA

- ROSINA *(Con curiosidad.)* ¿Valor? ¿Valor? ¿Y valor? ¿Por qué te encarga eso la tía?
- PAULINA ¡Ah, es verdad! Tú no estás en antecedentes.
- ROSINA ¿De qué?
- PAULINA De que he decidido dedicarme a la Medicina.
- ROSINA ¿Cómo? ¿Pero Marcelo consiente?...
- PAULINA Esa es la dificultad y la razón de que me deseen valor para afrontar la explicación con él cuando se entere.
- ROSINA ¿No está aquí?
- PAULINA Está en Albacete. Recordarás que me casé hace cuatro meses, mediando por parte de

él la promesa formal de que me dejaría seguir mis aficiones. De otro modo, no se hubiera celebrado la boda.

ROSINA
PAULINA

No le quieres, por lo visto.

Te equivocas. Le quería y le quiero. Fué tan extraña la forma de conocernos y su manera de hablarme, que me produjo una impresión distinta a los demás hombres. Para pintarme su amor, los hombres me han obligado a oír tantas cursilerías. En cambio, Marcelo me habló con una naturalidad, con una franqueza, que me impresionó por el contraste. Porque mi marido dice que el hecho de amar es la cosa más natural de la vida y no necesita transformaciones de carácter.

ROSINA
PAULINA

¡Ay, ! ¡Yo no lo entiendo así!

El caso es que llegué a quererle y me casé con él sin hacer claudicación de mis aficiones. Pero después de nuestra boda, no ha permitido que le recuerde sus promesas. Hablarle de que yo publique trabajos científicos, abra una clínica o monte un laboratorio, era buscar una tragedia en la casa. Me lo figuro. Pero tú tienes la culpa, debiste pensar que las promesas no eran sinceras. Prometer hasta conseguir. Luego, cómo ya es el marido...

ROSINA

PAULINA

Eso no. Yo me rebelo. Verás lo que he hecho hace unos días. Marcelo marchó a Albacete a defender a un hombre que mató a su cuñada y a dos sobrinas.

ROSINA
PAULINA

¡Qué barbaridad!

¡Pues ya ves! Mi marido tiene el cinismo de ir a Albacete a sostener que ese asesino es inocente.

ROSINA
PAULINA

Es su obligación.

Una obligación odiosa, y, en cambio, no quiere que yo cumpla la mía, que es tan sagrada. Aprovechando su ausencia, hice anteayer en San Carlos la trepanación a

- un enfermo, consiguiendo un éxito tan grande, que la Prensa entera se ha ocupado de ello y ha publicado mi retrato. Esto me ha decidido. He anunciado la apertura de mi consulta para enfermedades nerviosas y mentales. Cuando Marcelo vuelva, todo estará hecho, y no tendrá otro recurso que transigir. ¿Qué te parece?
- ROSINA No sé qué decirte. ¿Marcelo tiene mal genio? Porque si tiene mal genio, lo que tú has hecho es para que haga contigo otra trepanación.
- PAULINA Mujer, qué cosas dices...
- ROSINA Por mucho menos he visto yo venganzas más terribles. Mira en una película de la casa Gaumont, que se titula «Los caballeros de la rosa negra»...
- PAULINA No me cuentes películas. El cine es una cosa absurda. ¡Qué asuntos! ¡Qué títulos! ¿Tú has visto alguna vez una rosa negra?
- ROSINA Si son artificiales, mujer. De terciopelo negro. Es el distintivo de una sociedad secreta de malhechores.
- PAULINA ¿Y tú crees que los malhechores se ponen distintivos? Vamos, no digas tonterías. Aunque de sobra sé que el cine no te interesa. Has venido a Madrid a ver a una persona, no una película.
- ROSINA Ya sé a quién te refieres. A Fernando. Tienes razón. La película es lo de menos. Mejor dicho, la película es lo de más, porque Fernando ha prometido acompañarnos esta noche al Real Cinema.
- PAULINA ¿Va en serio eso?
- ROSINA No hay nada todavía. Estamos en el episodio de las miradas. No sé si es por timidez o que no le gusto del todo. Ahora, que llegamos al último episodio, te lo aseguro, porque o se declara él o me declaro yo.
- PAULINA Lo creo. Siempre has sido expeditiva.
- TERESA Y me voy, porque voy a encargar las lo-

calidades. Creo que están vendiendo con tres días de anticipación. Ya te veré más despacio.

PAULINA
ROSINA

Cuando quieras.

Y de lo tuyo... ¿qué quieres que te diga? Hay un procedimiento único para vencer a los hombres. Mimo, mucho mimo. Arrope, muchísimo arrope. Adiós.

PAULIN

Adiós, adiós. (*Mutis foro Rosina.*)

ESCENA V

PAULINA

PAULIN

¡Mimo! ¡Arrope! No. Al contrario. Mucha decisión, y, sobre todo, mucha entereza. Que vea mi actitud bien decidida y terminante. Claro está que si hiciese falta un poco de arrope... Todo antes que perder la batalla. Porque vamos a ver... ¿He nacido yo para ajustar la cuenta de la plaza? No... ¿Este talento mío es para arrinconado en la alacena? No. Pues entonces, valor y adelante, y caiga quien caiga.

ESCENA VI

PAULINA y MARCELO

(*Entra Marcelo por el foro. Trae en una mano un maletín y en la otra un periódico. Su entrada es la de un vendaval. Arroja el maletín en un rincón y flamea nervioso el periódico. Paulina va hacia él cariñosa para abrazarle.*)

PAULINA
MARCELO

¡Marcelo! ¡De vuelta ya!

Sí, señora, de vuelta. Y a usted la voy a poner de vuelta y media.

PAULINA
MARCELO
PAULINA

¿A mí? ¿Pero a qué obedece?...

¿Qué es esto? Dí. ¿Qué es esto?

Esto es el «A B C».

MARCELO No pregunto el nombre del periódico. Lo que vas a decirme es lo que significa este retrato y un anuncio que he leído aquí. ¡Maldito retrato y maldito anuncio, que me han quemado a sangre!

PAULINA No te pongas así, Marcelo. No es para tanto.

MARCELO ¿Que no es para tanto? Sea usted un marido modelo, que termina sus asuntos en Albacete, y por llegar cuanto antes a su casa es capaz de venir en el mixto, y baje usted tranquilo a tomar una taza de café en Alcázar. ¡Y que le den a usted este periódico para que le haga daño el café! ¡Loco me he vuelto! Corriendo he ido a la máquina a ofrecerle al maquinista una propina si no paraba en ninguna estación más. Me ha dicho que no podía. He reñido con él, y con un factor en Villacañas, y con un subjefe en Aranjuez. En cuanto paraba el tren más de medio minuto, ¡bronca con alguien! ¡Pero todo llega en este mundo; ya estoy aquí, y me vas a explicar lo que quiere decir todo esto! ¡A ver! ¡Pronto! Pues verás, Marcelo. Mi retrato...

PAULINA
MARCELO

Aquí está. Entre una cupletista y un fenómeno taurino. La Bella Rabanitos y el Chico de Navalcarnero. ¿Conque tú haciendo una trepanación? ¿Conque tú en San Carlos? En Leganés debías estar.

PAULINA

Iré, iré a Leganés a estudiar algunos enfermos.

MARCELO

No irás. Te llevarán. ¿Y el anuncio? Esto es terrible. Lee, lee. (*Le entrega el periódico y ella lee.*)

PAULINA

«Doña Paulina Ramírez de Arellano.»

MARCELO

¡Eso! ¡Eso! De Arellano. ¿Y quién es Arellano? ¡Yo! Luego tú eres mía porque eres de Arellano. Sigue, sigue.

PAULINA

Doctor en Medicina y Cirugía.

MARCELO

Doctor! Qué ganas de ponerte motes.

- PAULINA Doctor y bien doctor. Acuérdate de la cura que te hice el día que nos conocimos.
- MARCELO ¡Ojalá me hubiera curado el veterinario! No me pasaría esto ahora.
- PAULINA Doctor y bien doctor. Busca mis papeletas de examen; notables, sobresalientes y mátrículas de honor.
- MARCELO ¡Galantería del Tribunal!
- PAULINA ¡Mérito indiscutible del alumno!
- MARCELO Bien. Sigue leyendo.
- PAULINA Doctor en Medicina y Cirugía. Especialista en enfermedades nerviosas y mentales. Consulta de tres a cinco. Barquillo, 86.
- MARCELO Conforme. ¿Quieres explicarme?
- PAULINA Te lo explicaré todo. Mira, Marcelo, yo no soy una mujer vulgar, de esas burguesitas sin más patrimonio ni más ilusión que el casamiento. No sirvo para eso de reñir a las criadas, arreglar la jaula del canario y hacer mimos al marido.
- MARCELO Te diré. Lo de la jaula, no sé, porque no hemos tenido nunca canario; pero reñir a las criadas lo haces a maravilla en cuanto utilizan tus esencias, y respecto a lo de los mimos, acuérdate de aquel día que me hiciste comprarte un abrigo de pieles. Acuérdate que bien empalagosa te pusiste.
- PAULINA ¡Eso! ¡Muy bien! Cuando las mujeres nos sentimos tiernas, nos llamáis empalagosas.
- MARCELO ¡Caramba! Es que siempre os sentís tiernas después de ver los figurines, y entonces os ponéis de chantilly. Pero un chantilly muy caro.
- PAULINA Total, por un abrigo de pieles que me compraste. No tiene importancia. Yo tengo otros ideales, ilusiones de triunfos y de glorias, que conseguiré ejerciendo mi sagrado sacerdocio.
- MARCELO Absurdo! ¡Absurdo! ¡Tú de curandera! ¡Nunca! Te lo prohibo, ¿entiendes?, te lo prohibo.

PAULINA

Ya salió la superioridad del hombre. ¡El amo! No lo tolero. Ten en cuenta que tú no eres más que mi marido.

MARCELO

¡Entiendo! No soy más que tu marido. Lo menos que se puede ser de una mujer. ¡Esto es inconcebible! El novio hace de ellas lo que quiere. Por el novio son capaces de pasarse tres horas en el balcón. Y aunque truene, aunque nieve, aunque caigan centellas, allí están, claro; hay que pescarlo, sea como sea. Por el amante se sienten también dispuestas a todas las locuras. Sólo el marido es un cero a la izquierda. ¡Cásese usted para esto! Yo no me debí casar. Siempre novio tuyo, y a estas horas estarías en el balcón esperándome y estornuando. ¡Eso! Y tu tía preparándote un cocimiento de malvavisco para cuando entrases.

PAULINA

¡Qué lenguaje más vulgar!...

MARCELO

¡Claro! ¡De marido! El marido es una cosa vulgar siempre... ¡Acabemos! Terminantemente digo que tú eres mi mujer y que no tolero que ejerzas la Medicina.

PAULINA

Recuerda que tú me lo prometiste.

MARCELO

De novio se promete todo, como hacen los candidatos en días de elecciones. Pero cuando se casa uno o cuando se saca el acta, es otra cosa.

PAULINA

Pues yo no paso por la prohibición. Te he hecho el sacrificio de mi alma y de mi persona; pero no el de mi talento y el de mi gloria.

MARCELO

¿Que me has hecho el sacrificio de tu alma y de tu persona? ¿Pero a qué llamáis las mujeres sacrificio? ¿Pero tú sabes lo cara que pagamos los hombres esa generosidad vuestra?

PAULINA

¡Caballero! Ese lenguaje es indigno.

MARCELO

Pues aunque lo sea. El sacrificio lo hacemos nosotros, que teniendo todas las li-

bertades, nos dejamos atrapar como unos panolis. Somos libres y buscamos la cadena perpetua. Somos felices y buscamos la complicación, la responsabilidad de una casa, los celos, los nervios de la señora, ¡qué sé yo! Y todo, ¿por qué? Por una mujer, habiendo tantas en el mundo.

PAULINA

Muchas, sí, señor.

MARCELO

Muchas, sí, señora, y muy generosas.

PAULINA

No sé por qué se separó usted de ellas. Yo no le busqué a usted.

MARCELO

¡Ya salió aquéllo! ¡Yo no le busqué a usted! Todas decís lo mismo. Que no nos buscáis y no hacéis otra cosa desde que os suprimen la trenza. ¡Y algunas, con la trenza todavía! Nos buscáis en vuestros paseos, nos incitáis con vuestros encantos, nos llamáis con vuestros ojos, y cuando acudimos al reclamo, os ponéis tontas, diciendo... «No sé... es una sorpresa para mí... lo pensaré.» Lo pensarán, cuando lo tienen pensado desde que nacieron. Pero el caso es engañarnos bien. Con miradas, con promesas, con lágrimas, consiguen todo lo que quieren, hasta que parezca que somos nosotros los que rabiamos por casarnos, cuando las que están que muerden por casarse son ellas. ¡Ustedes, sí! Pero ustedes, con disimular bien, ya ocultan el anzuelo. Y con ruborizarse a tiempo, parece que no tienen interés en que el pez pique. ¡Hasta que picamos! ¡Ya lo creo que picamos! ¡Los besugos no se acaban nunca! Y entonces, cuando el gancho se nos clavó bien, a la primera disputa, salen diciendo: «Yo no le busqué a usted. Yo no le busqué a usted.» Ustedes no nos buscarán, pero que ponen en el anzuelo todo el cebo que pueden, no hay duda, porque no hay pez en el mundo, por muy besugo

que sea, que muerda un hierro a secas, se-
ñora.

PAULINA ¡Es infame! ¡Es infame lo que dice! (*Rompe a llorar amargamente.*) Será capaz de decir que he ido tras él para que se casara conmigo. Bien tranquilita estaba yo en mi casa y usted vino a perturbar mi corazón.

MARCELO ¡Bien! Ahora lágrimas. Pero es inútil, porque ni por esas transijo. Me conozco de memoria el repertorio. Capítulo primero: Exposición del asunto. Segundo: Carantanas y mimos. Tercero: Hociquito y lagrimeo.

PAULINA ¡Es usted un infame! ¡Un infame!

MARCELO Vamos, Paulina, no llores. A pesar de todo no me gusta verte llorar. (*Se va aproximando.*)

PAULINA Déjeme usted. No me toque. No me toque. (*Antes de que llegue él.*)

MARCELO Pero si no te toco.

PAULINA Por si acaso. A lo mejor es usted capaz de abrazarme.

MARCELO Vamos, no seas tonta. Si yo te quiero mucho. Si tú sabes que estoy enamorado de tí, pero de tí, ¿comprendes?, de tí, no del decano de la Facultad de Medicina. Y yo te necesito para mí en casa, pero no en el Hospital de la Princesa. Tú eres mi mujercita, y eso has de ser siempre. Anda, dame un abrazo y vamos a hacer las paces. Ven, ven aquí, que te seque las lágrimas.

PAULINA No me quieres, no me quieres nada.

MARCELO ¡Que no te quiero! ¡No me digas eso! ¡Con lo bonita que tú eres! ¡Parece mentira! Tan bonita... y ¡médica! Mujer, eso se queda para Francos Rodríguez. Nosotros, a querernos mucho y a ser muy felices y a tener muchos hijos. Muchos, veinté o treinta lo menos. Mira, ¿quieres que te compre un sombrero que he visto?

PAULINA Haz lo que quieras, pero en lo otro no transijo, de ninguna manera.

MARCELO ¿Qué es lo otro? Lo de los veinte o treinta hijos Bueno; lo ejaremos en ocho o diez.

PAULINA No, no es eso. Lo de profesión.

MARCELO ¿Cómo? ¿Pero aún piensas en eso?

PAULINA ¡Naturalmente!

MARCELO En eso, el que no transige soy yo.

PAULINA Pues mi resolución es terminante.

MARCELO No lo tolero, he dicho.

PAULINA ¡Basta! Estoy dispuesta a todo.

MARCELO Y yo también. ¡A todo!

PAULINA ¿Pase lo que pase?

MARCELO Suceda lo que suceda.

PAULINA ¡Egoísta! ¡Egoísta! ¡Te odio!

MARCELO Y yo a tí te aborrezco.

PAULINA ¿No aceptas lo que te pido?

MARCELO No.

PAULINA ¿Nunca?

MARCELO ¡Nunca!

PAULINA ¡Pues será!

MARCELO Pues no ha de ser.

PAULINA (*Haciendo mutis por la izquierda.*) ¡Por qué me casaría yo, Dios mío!

MARCELO (*Idem por la derecha.*) ¡Por qué piqué el anzuelo! ¡Besugo! (*En este mutis deben procurar los actores decir su frase al mismo tiempo para hacerlo de más efecto.*)

ESCENA VII

RAFAELA (*Criada*) y el SANGUIJUELA, que debe componer un tipo de criminal y al mismo tiempo cómico.

RAFAELA Pase usted... ¿Dice que es un cliente del señor?

SANGUIJUELA De los más tenaces. Es raro el año que no me tié que defender tres o cuatro veces.

RAFAELA ¿Ah, sí?

SANGUIJUELA Como que si no fuera por él, a estas horas

- estaría yo veraneando en Santoña 'o en Cartagena.
- RAFAELA (Con ingenuidad.) ¿Le gusta a usted el mar?
- SANGUIJUELA A mí me gustan las patatas chufés. Con que anda, avísale.
- RAFAELA ¿A quién anuncio?
- SANGUIJUELA Al Sanguijuela.
- RAFAELA (Rompiendo a reir.) ¡Ay! El Sanguijuela!
- SANGUIJUELA (Ofendido por la risa, hace ademán de sacar la navaja.) ¡Mi madre!
- RAFAELA (Riendo más.) ¡El Sanguijuela!
- SANGUIJUELA (Conteniéndose.) Bueno, da gracias a que eres la fregaplato de mi abogado, que si no, el carcajeo ese lo conclufas en la Morgue.
- RAFAELA ¿Eh?
- SANGUIJUELA Lo que oyes. Reirse de mí es encargarse un hueco en el Cementerio del Este. Y a tí te vale lo que te vale, que si no... Maldita sea mi sombra...
- RAFAELA (Cambiando de frente y temblando.) No, no... no... si no me ri ri si no me río de usted... Si me ha sido usted muy... sim... simpático.
- SANGUIJUELA Como que precisamente me llaman el Sanguijuela por eso, porque en cuanto olfateo sangre, me ciego.
- RAFAELA (Exagerando la amabilidad.) Y mu mu... muy bien hecho, sí, señor.
- SANGUIJUELA A darle las gracias vengo a tu amo por haberme sacao con bien del último tropiezo.
- RAFAELA ¿Tropezó usted?
- SANGUIJUELA Con un matón de esos que se comen a la infancia sin aliñar. Quiso presumir conmigo... Metí mano al raspador y me llevé las narices pa el gato que tengo en casa, que está desganao y no le gustan más que chucherías. Y poco que me lo agradeció el animalito.
- RAFAELA ¿Pero le cortó usted todas las narices?

SANGUIJUELA Le dejé un pingajo... pa que pueda estornudar...

RAFAELA Pues en seguida... voy... a pasar el recado... señor Sanguijuela.

SANGUIJUELA Está bien.

RAFAELA (*Mirando a la derecha.*) Por más que no es necesario, porque me parece... sí, es él...

ESCENA VIII

DICHOS; MARCELO

RAFAELA (*A Marcelo al tiempo que sale.*) Señorito...

MARCELO ¿Qué hay?

RAFAELA Aquí, don Sanguijuela. (*Mutis de Rafaela.*)

MARCELO ¿Don San... (*Viéndole.*) ¿Ah, eres tú?

SANGUIJUELA (*Quitándose la gorra.*) Yo, que vengo a saludarle. Días antepasaos vine y me dijeron que estaba usted en Albacete.

MARCELO Sí, he ido a Albacete a defender a uno que mató a su cuñada y a dos sobrinas.

SANGUIJUELA ¡Qué héroe!

MARCELO El fiscal le pedía la cabeza.

SANGUIJUELA ¿Y le ha sacao asuelto?

MARCELO ¡No, por Dios! No te niego que soy un letrado habilidoso, pero de eso a sacarlo absuelto... Buscándole atenuantes, encontré una maravillosa; dije que el acusado obró con arrebató y obcecación por acreditar una nueva marca de navajas, Sanguijuela.

SANGUIJUELA Esto, en Albacete, caería muy bien.

MARCELO Diez y ocho años de presidio ha sacado, que ya es escapar bien. Bueno, ¿y tú qué quieres de mí?

SANGUIJUELA Ya se lo pué usted suponer: posternarme ante usted por haberme sacao bien de eso de las narices... ¡Hay que ver el interés que se toma usted conmigo!... A mí me parece que es usted mi padre.

- MARCELO De ninguna manera. Ya sabes que tu padre está en el penal de Santoña.
- SANGUIJUELA O mi hermano.
- MARCELO Tu hermano está en la cárcel.
- SANGUIJUELA O mi tío...
- MARCELO Que no, hombre, que no. Que dejes tranquila a tu familia, que ya tiene bastante con lo que tiene.
- SANGUIJUELA Bueno; pero que yo le quiero como no quiero ni a mi familia, eso no lo dudará usted.
- MARCELO Lo sé, y lo que te aconsejo es que no vuelvas a las andadas... Hasta ahora he tenido suerte; pero alguna vez tiene que quebrar; de modo que sienta la cabeza...
- SANGUIJUELA Si no es cuestión de la cabeza, si es de la mano, que se me va mu pronto, y... Que no soy un hombre... Que soy un león de esos que llaman de barbería. Me entra la calentura y no veo más que cipreses y panteones por toas partes.
- MARCELO Es una desgracia.
- SANGUIJUELA Y grande... Bueno; yo... quería decirle a usted, además... que corresponder como debía corresponder con un puñao de papiros, no puedo, don Marcelo. Se trabaja poco... La Policía nos persigue sin descanso. Antes, malo era el día que no me percataba de una repetición o de un Longines; pero con la modita esta de los relojes de pulsera, hemos perdido mucho, y luego que somos muchos.
- MARCELO Desgraciadamente.
- SANGUIJUELA Ahora nos vamos a sindicari pa que no trabaje más que el que verdaderamente sepa su obligación. De tos modos, si usted tiene el capricho de un buen reloj o una petaca de oro...
- MARCELO No, no te molestes; de las dos cosas tengo...
- SANGUIJUELA Como si hay alguien que le estorba a usted. Me da las señas y... precisamente ayer

me hice de un Smit que está diciendo dis-
párame. Aquí lo llevo... (*Enseñándole.*)

MARCELO
SANGUIJUELA

Pues lo que tienes que hacer es venderlo...
Ya he probao, y no dan na.

MARCELO

A mí no me estorba nadie, ni nadie se me-
te conmigo.

SANGUIJUELA

Y desgraciao del que se metiera, porque
ese día sí que iba yo a gusto a la cárcel.

MARCELO

Pues no irás, estáte tranquilo.

SANGUIJUELA

Es que yo no sé cómo pagarle...

MARCELO

Con tu agradecimiento me basta, y anda a
sentar la cabeza y a hacerte un hombre de
todo lo más bien que puedas. (*Marcelo llama al timbre y sale Rafaela.*)

SANGUIJUELA

¿No quíe usted na de mí?

MARCELO

Nada.

SANGUIJUELA

Adiós, don Marcelo.

MARCELO

(*A Rafaela.*) Acompáñale hasta la puerta.
(*La Sanguijuela.*) Adiós, hombre. (*Mutis Marcelo.*)

SANGUIJUELA

Es más bueno que el pan. Como pueda
afanar un reloj de oro se lo traigo. ¡Vaya
si se lo traigo!...

RAFAELA

Cuando usted quiera... (*Dudando.*) señor...
gusarapo.

SANGUIJUELA

(*Fijándose en la cara de Rafaela.*) Ahora
que reparo, ¿sabes que estás como para
darle un disgusto a tu novio?

RAFAELA

Cuando lo tenga.

SANGUIJUELA

¿Y no te convendría yo?

RAFAELA

Según. ¿Usted qué oficio tiene?

SANGUIJUELA

(*Dudando.*) Relojero.

RAFAELA

¿Trabaja en alguna casa?

SANGUIJUELA

(*Rápidamente.*) Donde más trabajo es en
los tranvías; pero me dices que sí y ya pue-
des ir lavándote la muñeca, porque maña-
na te traigo un reloj de pulsera de esos de
esfera cuadrilonga...

RAFAELA

Yo...

SANGUIJUELA

¿Que sí verdad?

RAFAELA

(*Titubeando.*) Yo... no sé...

SANGUIJUELA

Basta... (*Con gran importancia.*) ¡Sanguijuela, al trabajo! (*Iniciando el mutis.*) Uno para don Marcelo y otro para tí... Voy a tener que entrar en casa de Coppel. (*Aquí se puede decir el nombre de la relijería más conocida en cada población.*)

RAFAELA

¿Por recomendación?

SANGUIJUELA

(*Haciendo mutis.*) Por la alcantarilla. (*Mutis foro los dos.*)

ESCENA X

RAFAELA y DOS MOZOS

RAFAELA

(*Dentro.*) Pasen por aquí. (*Queda un momento sola la escena, y con cuidado, con mucho cuidado, entran dos mozos trayendo una silla-cama de operaciones y algunos aparatos quirúrgicos.*) Aquí, déjenlo todo aquí, que ya se arreglará. (*Mutis los mozos después de dejar las cosas.*)

ESCENA XI

RAFAELA y PAULINA

(*Rafaela va a la primera izquierda y llama.*)

RAFAELA

¡Señorita! ¡Señorita! (*Sale Paulina.*)

PAULINA

¿Qué ocurre?

RAFAELA

Estas cosas que acaban de traer.

PAULINA

¡Ah, sí! Es el *trousseau* que encargué.

RAFAELA

¿El *trousseau*? ¿Pero se vuelve a casar la señorita?

PAULINA

El *trousseau* quirúrgico, mujer.

RAFAELA

Pues no lo entiendo.

PAULINA

Ayúdame a arreglar esto. (*Entre las dos arman la silla de operaciones, y sobre una mesa colocan aparatos y herramental de cirugía.*)

RAFAELA

¡Ay que ver! ¡Cómo cambian las modas. Nunca he visto yo un sofá como éste.

PAULINA

¿Pero es un sofá acaso? Rafaela, no seas ordinaria. Es una silla de operaciones. Te sientas aquí y en un minuto te hago pedazos.

RAFAELA

Ya tendré buen cuidado de no sentarme nunca..

PAULINA

A ver estas herramientas.

RAFAELA

¡Cuánta cosa bonita! ¡Y qué limpio todo! Estos libros hay que quitarlos de aquí. Ve trayéndome los que tenmo en mi cuarto. (*Mutis Rafaela primera izquierda.*) Veamos. «Derecho canónico.» Fuera. (*Arroja al suelo, y lo mismo con los que siguen.*)

PAULINA

«Derecho internacional público». «Sentencias del Tribunal Supremo». Cuántas tonterías. «Leyes penales y civiles de Inglaterra». ¡Qué le importarán a él las leyes de Inglaterra! «Derecho mercantil». «Derecho natural». «Derecho político». Claro, con tanto derecho, se figura que tiene derecho a todo, hasta a esclavizarme a mí. Pues no será, no será y no será. Fuera todos estos libracos. Yo acabo de una vez con todos sus derechos. (*Viene Rafaela, trayendo varios libracos enormes.*)

RAFAELA

¡Por favor, señorita! Cójamelos, que se me tronchan los brazos.

PAULINA

Vengan. (*Los va colocando en los estantes que dejó vacíos.*) Trae «Enfermedades del cerebro». Aquí. «Craneología». «Anatomía general». «Organos de la respiración». (*Suena un timbre.*) ¿Han llamado? libros.) «Organos de la respiración». (*Suena un timbre.*) ¿Han llamado?

RAFAELA

Sí, señorita. Voy a ver quién es. (*Mutis Rafaela por foro.*)

ESCENA XI

PAULINA y MARCELO

(*Marcelo sale por la izquierda. Al ver el espectáculo que ofrece la escena, se queda de una pieza.*)

MARCELO ¡Mi madre! ¿Qué es esto?

PAULINA Esto es mi consulta.

MARCELO ¡Rayos y centellas! Esto no es mi despacho. ¡Esto es el Instituto Rubio! ¡No aguanto más! ¡No aguanto más!

PAULINA ¡Pero Marcelo, por Dios!

MARCELO Herramientas, una cama de operaciones...
¿Y estos libros? ¡Mis libros por el suelo!
¿Y aquí? «Historia natural». ¡Fuera! «Enfermedades del cerebro». Aquí la única enferma del cerebro es usted. ¡Que la amarrén, señora!

PAULINA ¿Estás loco?

MARCELO Lo estaré pronto si no acabo con todo esto. ¡Loco yo! Y tendría que ser cliente de usted. ¡Nunca! ¡Nunca!

PAULINA ¡Cálmate, Marcelo!

MARCELO ¡Es inaudito! No lo tolero. No lo tolero.

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA TEODORA, por la derecha.

TEODORA ¿Qué pasa? ¿Qué voces son éstas?

MARCELO ¿Que qué pasa? Usted tiene la culpa de todo. eVa usted lo que ha hecho su sobrina de mi despacho.

TEODORA ¡Oh! ¡Qué preciosidad! ¡Qué encanto!

MARCELO ¡Encanto! Si lo vuelve usted a decir, la arrojo por el balcón.

- TEODORA ¡Qué fiera!
- MARCELO Aquí no hay más fiera que usted, que es una pantera disfrazada.
- TEODORA ¿Pantera yo?
- MARCELO Usted, que ha vuelto el juicio a Paulina con sus enseñanzas. Pero no estoy dispuesto a que jueguen ustedes conmigo al pim pam pum. Soy el marido, soy el amo, y aquí no manda nadie más que yo.
- TEODORA ¡Ya está! ¡Ya está! ¡El chimpancé! ¡El gorila! ¡Sus mismos gestos! ¡Su misma brutalidad!
- MARCELO ¡Señora! Como me vuelva usted a insultar, estrena usted la cama de operaciones.
- TEODORA ¡Qué bruto!
- MARCELO Habla, Paulina. ¿Estás dispuesta a obedecerme?
- PAULINA ¡Sacrificándome, no!
- MARCELO Pues todo ha concluído entre nosotros. Mañana presentaré al Juzgado mi demanda de divorcio.
- TEODORA ¿De divorcio?
- MARCELO De separación, que es lo que las leyes conceden: no podemos vivir juntos ni un momento más.
- PAULINA Egoísta y brutal como todos los hombres.
- TEODORA El chimpancé. Ya lo he dicho.
- MARCELO Y usted la pantera. Ya lo he dicho también.
- TEODORA ¡Nos insulta, nos llama fieras!

ESCENA XIV

DICHOS; por el foro SIMPLICIO, que traerá en los brazos al perro con un collar precioso. Si fuese posible, sacar uno de trapeo, imitando lo más exactamente posible al que sacó en la primera escena mejor.

Con Simplicio entra TERESA

- SIMPLICIO ¿Pero qué pasa? ¿Por qué dais esos gritos?
- PAULINA Pasa que este hombre es un tirano.

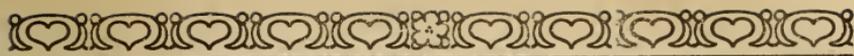
TEODORA ¡ Un gorila !
MARCELO (*Amenazando.*) ¡ Gorila yo !
SIMPLICIO ¡ Eh, tú, que es mi hermana, y eso de amenazarla !...
MARCELO ¡ Es que estoy ya loco !
TERESA Pues si estás loco, que te pongan una camisa de fuerza.
MARCELO (*Más desesperado.*) Que te la pongan a tí.
SIMPLICIO Oye, tú, que a mi mujer no hay quien le ponga la camisa.
MARCELO A ella, y a usted, y a todos...
SIMPLICIO ¿ A mí? Eso no me lo dices tú en la calle.
MARCELO Eso se lo digo aquí y en la Gran Vía.

ESCENA FINAL

Por el foro aparece el SANGUIJUELA

SANGUIJUELA (*Entrando.*) Ya le traigo el reloj.
SIMPLICIO Tú lo que eres es un mal educado.
MARCELO Y usted un Mataperros.
SIMPLICIO ¿ Yo? (*Quiere lanzarse sobre él; pero Teresa y Teodora lo sujetan.*) Dejadme, que lo mato.
SANGUIJUELA (*Avanza rápidamente, y sacando el Smit grita.*) ¿ Matar a este hombre? El que la diña es usted? (*Apunta al grupo y dispara. Instantáneamente se oye el ladrido de un perro. Todos dan un grito de terror.*)
MARCELO (*A Sanguijuela.*) ¡ Qué locura! ¡ Has cometido un homicidio?
SIMPLICIO ¡ No! (*Enseñando al perro, que lo habrá cogido por el rabo. Claro que este perro debe ser una contrafigura del que haya sacado vivo en la primera salida de este acto.*) ¡ Ha sido un perricidio!

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es verano; es de noche. Están abiertas las hojas de la cristalada, y por ellas se ve todo el jardín bañado en luz de luna. En escena, luz eléctrica de la lámpara que está encendida.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, TEODORA, TERESA, FERNANDO, SIMPLICIO y LEONARDO

(Teodora, Simplicio y Leonardo están alrededor de una mesa jugando al tresillo. Teresa, sentada al lado de Simplicio, le ve cómo juega. Al otro lado, Paulina y Fernando mantienen su animado diálogo.)

TEODORA

¡Juego!

LEONARDO

Por Dios, amiga Teodora, que no ha pasado usted una vez en toda la noche.

SIMPLICIO

Va bien. ¿A qué?

TEODORA

A bastos.

LEONARDO

Y a palo de favor y todo. *(A Simplicio.)*

¿Conviene los bastos? *(Se descarta.)*

SIMPLICIO

¿A mí? Ni los bastos, ni los oros, ni las copas...

TEODORA

¿No te conviene ningún palo?

SIMPLICIO

Un palo en la cabeza. Hay que ver la nochecita que llevo, sin ver una carta. Oye.

- Fernando, ¿por qué no dejas la charla y vienes a hacernos el cuarto?
- FERNANDO Ya sabe usted que odio el tresillo.
- SIMPLICIO Está bien. ¿Cuántas me quedan?
- LEONARDO Seis. (*Simplicio se descarta. Figura que juegan.*)
- FERNANDO Disgustado y con razón... ¿Cómo puedo estar contento hoy? Desde que he visto llegar esta tarde a su marido, no sé lo que me pasa.
- PAULINA No hay razón para que usted se disguste. Primero, porque no tiene usted derecho alguno. Segundo, aunque lo tuviera. Mi marido es un extraño para mí. Como yo soy una extraña para él.
- FERNANDO ¿Qué equivocación más grande la de usted!
- PAULINA ¿Cuál
- FERNANDO La de su boda.
- PAULINA ¡Pts! ¡Quién sabe! Una equivocación hay desde luego en mi vida, no sé si la de mi boda u otra; pero hay una equivocación.
- TEODORA Esa para la mala y las demás para mí.
- LEONARDO ¿Señores, qué suerte!
- SIMPLICIO (*A Teresa.*) Me estás dando la negra, hija.
- TERESA ¿Yo? Será porque te quiero, y como afortunado en amores...
- SIMPLICIO Pues mira, a nuestra edad, aunque me despreciáses un poquito, no me molestaría. Y cuando juego, si puedes aborrecerme, te lo agradeceré mucho.
- TEODORA ¿Quién da?
- SIMPLICIO Yo. No me acordaba.
- TERESA Ahora tendrás la mala, te lo aseguro.
- SIMPLICIO La mala la tengo desde que te has sentado a mi lado... (*Simplicio baraja, y después reparte las cartas.*)
- FERNANDO ¿Se va mañana?
- PAULINA Por su gusto, se hubiera ido hoy mismo. Como no estamos divorciados, sino separados amigablemente, sigue siendo mi ad-

ministrador. Yo quiero vender el olivar y necesito su autorización. A eso ha venido. A extenderme un amplio poder. En cuanto el notario lo arregle, se *marcha*.

FERNANDO
PAULINA

Pero él la trata a usted con mucho afecto. Afecto, no. Me trata con cortesía y con respeto. No puede dejar de hacerlo, puesto que en nuestra separación no hay ningún motivo de indignidad.

FERNANDO
TEODORA
LEONARDO
SIMPLICIO

Sí, lo comprendo; pero me duele.

Paso.

Y yo también.

Entonces están aquí. Voy a ver mis cartas. (*Coge de la mesa sus nueve cartas, las examina despacio y después se vuelve hacia Teresa.*) Oye, rica... ¿Qué es hoy?

TERESA
SIMPLICIO

Lunes.

¿Por qué no te vas al jardín y vuelves el martes que viene? Señores, qué pata.

TEODORA
SIMPLICIO

¿No juegas?

¿Qué voy a jugar, si la carta mejor que tengo es el cinco de oros? Lo dicho, o te vas al jardín o me voy yo.

TERESA
SIMPLICIO
PAULINA

Pues no me voy.

Pues yo no juego más. (*Se levanta airado.*)

No hablemos. Ni quiero ni puedo oírle. Acompáñeme al jardín. Veremos cómo va el arreglo de la verbena.

FERNANDO

Vamos al jardín si ese es su gusto. (*Mutis los dos, foro de arriba.*)

ESCENA II

DICHOS, menos PAULINA y FERNANDO

TERESA
LEONARDO
SIMPLICIO

Parece que Paulina está triste.

¿Y no será que está triste por haber llegado su marido? Es un encuentro penoso.

¿Por qué penoso? La llegada de Marcelo es obra mía, con la disculpa de ese poder

- que Paulina no necesita, porque no será preciso que disponga de sus bienes. El que-
ría enviar el documento desde Madrid. Yo
me opuse.
- LEONARDO ¿Pero qué persigues?
SIMPLICIO Aproximarles. Seis meses que no se veían.
Era preciso ponerles cerca para definir el
mañana, porque si se quieren harán las pa-
ces, y si no se quieren, quedarán separa-
dos para siempre, pero tranquilos.
- PAULINA Es que aunque se quieran habrá siempre
un obstáculo. La profesión de Paulina.
- SIMPLICIO Tal vez no. Tú no sabes lo feminista que
se ha vuelto Marcelo. Ha dado en la Ins-
titución Fémina tres conferencias memora-
bles. Hace un mes actuó en una causa co-
mo acusador privado de un hombre que
mató a su esposa por adulterio. Marcelo
hizo un discurso revolucionario contra las
leyes y los Códigos vigentes. Negó que el
esposo ofendido tuviera derecho de matar;
tuvo imágenes felicísimas. Sobre todo,
cuando dijo que no puede el marido casti-
gar el adulterio de la mujer porque todos
los maridos son reos del mismo pecado.
- TEODORA Es extraño ese cambio brusco.
SIMPLICIO Yo no lo encuentro así.

ESCENA III

DICHOS y MARCELO por derecha.

- TERESA Aquí llega Marcelo.
MARCELO Ya estoy de vuelta.
SIMPLICIO ¿Qué, viste al Notario?
MARCELO Sí, en el Casino... Ya hemos quedado en
que mañana quedará listo todo. Y ese tres-
sillo, ¿qué tal se le ha dado?
- SIMPLICIO Como para comerme las cartas. Siempre
que mi mujer se me pone de mirona, pier-
do hasta el aliento.

- TERESA Pues ahora te puedes consolar ayudándonos a colocar la verbena.
- TEODORA Eso, y todos los fuegos artificiales.
- SIMPLICIO Siempre en el cumpleaños de ésta. *(Por Teodora.)*
- LEONARDO ¡Hola! ¿Hay verbena y fuegos?...
- SIMPLICIO Se corre la pólvora en el jardín, y como hoy cumple... ¿Cuántos quieres cumplir?
- TEODORA Simplicio, no seas mordaz. Demasiado sabes que son cuarenta y uno. Me llevas cinco.
- SIMPLICIO Justo, y yo tengo cincuenta y seis.
- TEODORA *(Enfadada.)* Bueno, vamos nosotros a colocar la verbena.
- TERESA Sí, vamos.
- TEODORA *(Dirigiéndose a Marcelo.)* ¡Ah! Puesto que necesariamente ha de pasar aquí la noche, según entra usted, a la derecha, se le ha preparado un gabinete y una alcoba. Puede usted examinarlo, y si le hace falta algo, se lo pide a la chica. Vamos.
- (Teodora, Teresa y Leonardo hacen mutis por foro derecha.)*

ESCENA IV

MARCELO y SIMPLICIO

- SIMPLICIO ¿Tus habitaciones?
- MARCELO *(Trágicamente.)* Sí.
- SIMPLICIO ¿Pero es que tus habitaciones no son las de tu mujer?
- MARCELO *(Igual.)* No.
- SIMPLICIO ¿Y tú vas a dormir en esa alcoba?
- MARCELO Sí.
- SIMPLICIO ¿Y no te vas a pasar a la de tu mujer?
- MARCELO No. Las habitaciones de Paulinas son para mí más sagradas que un harem berebere.
- SIMPLICIO Pues eres... bueno ya conociste mi opinión. Cuando la muerte del pobre «Buda» nos

unió más íntimamente. Acuérdate de mi manera de pensar.

MARCELO
SIMPLICIO

¿Usted cree?...

Creo que lo que debes hacer es instalarte en la alcoba de Paulina, y mañana llevártela a Madrid, aunque sea ayudado por la Benemérita, y al llegar a Madrid prenderle fuego a la clínica, y, últimamente, si se te pone muy tonta, darle tres o cuatro cachetes. Cariñosos, ¿eh?, pero cachetés.

MARCELO

Así debía ser; pero yo respeto sus decisiones. Ella ha preferido la Medicina a mi cariño y me conformo. ¿Qué, me acompaña usted a ver mi habitación de soltero?

SIMPLICIO

Te acompaño; pero es para cerrar la puerta y llevarme la llave. Esta noche no duermes tú ahí. (*Hace mutis por la derecha.*)

ESCENA V

PAULINA y FERNANDO

(*Aparecen por detrás de la cristalada. Vienen los dos despacio, como si pasearan.*)

FERNANDO

Rompa usted todas las cadenas y ponga fin a esa situación.

PAULINA

Está usted loco. En mi vida no hay más cadenas que las que yo misma quiero tener. (*Sin entrar en el hall, se sienta sobre el marco de la cristalada. Fernando, a su lado, de pie.*) ¿Me supone usted cobarde?

FERNANDO

Yo...

PAULINA

No vacile. Dígalo. Me supone usted cobarde y que sólo por cobardía sufro esta situación. ¡Cómo se equivoca usted!

FERNANDO

Yo no supongo que sea cobardía por él, sino por los demás, por los que nos rodean, por los extraños a quienes no conocemos, pero que forman nuestro mundo; por todos esos que tejen en torno nuestro esa telaraña de prejuicios y deberes que nos apri-

siona toda la vida y que nos obliga a sacrificar amores y deseos.

PAULINA

He dicho que se equivoca usted. Tratándose de una mujer como yo, esa telaraña resulta sobradamente sutil. Sin temor alguno la rompería, sabiendo despreciar el concepto ajeno.

FERNANDO

¿Entonces por qué vacila usted?

PAULINA

Otra equivocación. Si no vacilo. Si es que no siento en mí deseo alguno de hacerlo. Le juro que si yo creyese que mi vida estaba en usted, no vacilaría.

FERNANDO

¿En dónde cree usted que está su vida?

PAULINA

¡En él!

FERNANDO

¿En él? ¿Le quiere usted aún? *(Paulina no contesta. Se levanta y entra en el hall despacio y silenciosa, deshojando lentamente una flor, pétalo por pétalo. Viene al primer término y se sienta en un silloncito. Fernando queda sentado en el lugar que antes estaba Paulina. Hay una pausa.)*

FERNANDO

¿Qué pregunta usted a esa rosa?

PAULINA

Es un secreto.

FERNANDO

¿Le pregunta si quiere usted a Marcelo?

PAULINA

Sería tonto. Mis sentimientos los conozco yo mejor que esta flor.

FERNANDO

Pero puede usted preguntarle si él merece su cariño.

PAULINA

¿Qué? *(La frase de Fernando la produce una intensa sensación. Se deliene su mano sobre la rosa, sin arrancar la hoja que tenía cogida.)* ¿Que si él merece?... No comprendo lo que usted quiere decir.

FERNANDO

Y yo quisiera no haberlo dicho.

PAULINA

Es tarde ya para arrepentirse. Hable usted. ¿Qué quiere usted decir?

FERNANDO

No quería decir; pero como ya no tiene remedio la primera frase imprudente que se me escapó, lo diré todo. Marcelo...

PAULINA

¡No! Cállese usted. No quiero saber nada. No me interesa nada. *(Fernando viene en*

- este momento hacia ella y se coloca detrás del sillón que ocupa.)*
- FERNANDO Pregúntele usted a la rosa si en la vida de *(Pequeña pausa. Paulina, inconsciente, vuelve a deshojar la flor.)* Marcelo no hay otra mujer.
- PAULINA ¿Otra? *(Con voz ahogada.)*
- FERNANDO Otra, sí. Rosina.
- PAULINA ¿Rosi?... *(No puede hablar. Tiemblan sus manos deshojando la flor. Hay en sus ojos unas lágrimas suaves, un llanto casi silencioso, mientras habla Fernando.)*
- FERNANDO Rosina. Con ella el he visto muchas veces en Madrid. Por ella ha venido hoy a Fuensalud, mientras que usted le creía capaz de venir a ver a usted. Por Rosina nada más ha venido. *(En este momento acaba Paulina de deshojar la rosa. Queda entre sus dedos e último pétalo.)*

ESCENA VI

DICHOS y MARCELO

- PAULINA ¡Marcelo!
- MARCELO Perdónenme ustedes. Siento mucho interrumpir su madrigalesco idilio, pero no sabía...
- FERNANDO ¡Caballero! Yo le explicaré a usted...
- MARCELO No se moleste, porque me lo figuro. Y no me sorprende. Paulina es linda. Lo extraño sería que no tuviera moscones a su alrededor.
- FERNANDO ¿Eh?...
- MARCELO Perdone usted lo de moscón... Lo he dicho sin ánimo de ofender; pero no he tenido a mano otro insecto mejor.
- PAULINA ¡Marcelo!...
- MARCELO ¿Pero qué ocurre? ¡Se han quedado ustedes de cemento armado! ¡Piensan tal vez en el crimen pasional? Tranquílcese. Yo

soy un hombre ultramoderno. Hace cinco meses era otra cosa. Si entonces les sorprendo en el madrigaleo, Otelo a mi lado hubiese sido un marido de vodevil. Pero ahora es distinto. Soy un convencido de que nadie puede aceptar leyes y prejuicios absurdos que esclavizan a la mujer. Volvemos felizmente a las épocas de libertad. Calderón ha muerto para siempre. Boccacio resucita.

PAULINA

¿Qué es lo que usted supone? Me está usted injuriando. El hecho de que usted quiera libertad para su propia vida no significa que yo la necesite también.

MARCELO

Yo se la concedo sin que me la pida. Si pudiéramos divorciarnos como en otros países, me divorciaría, para que usted volviera a casarse a su gusto. Ya que esto no puede ser, pondré el único divorcio posible. La distancia y la indiferencia. Libre es usted.

PAULINA

Es absurdo lo que usted dice. ¿Que no le importa lo que yo pueda hacer? ¿Olvida usted que es mi marido?

MARCELO

¡Pero nada más que su marido! Así me lo dijo usted hace seis meses y aún me acuerdo. ¡El marido nada más! El amo, como usted decía, nunca. Y mucho menos el chimpancé de doña Teodora.

PAULINA

¿Que no le importa?

MARCELO

Nada. A mí podría importarme que me engañase doña Paulina Ramírez de Arellano, mi esposa, mi Paulina, mi mujer; pero que me engañe el doctor Ramírez, me tiene sin cuidado.

PAULINA

¡Comprendo! Lo sé todo, caballero. Eso es un pretexto para justificar su traición. Es a otra a quien usted quiere. Por ella ha venido usted aquí, no por su mujer; por ella, por Rosina.

MARCELO

¡Amigo Fernando! Está sí que no lo es

peraba. Me ha vendido usted abusando de mi confianza y haciendo uso de un secreto que yo le confíé en el terreno de la amistad. Porque usted se lo ha dicho a Paulina, no tengo duda.

PAULINA
FERNANDO
MARCELO

El me lo ha dicho todo, sí, señor.

He dicho la verdad.

Esas cosas se callan. Yo le he llamado a usted moscón, y tengo que rectificar. No es usted un moscón; es un papagallo.

PAULINA
MARCELO

¿Luego es verdad?

¡Bien! ¿Y qué? ¿Tiene algo de particular que yo quiera a una mujer?

ESCENA VII

DICHOS y ROSINA por el foro derecha.

ROSINA
PAULINA

¿Pero cuándo vienen ustedes?

Ahí la tiene usted. En su busca viene. Puede usted marchar con ella. ¡Infame, más que infame! (*Mutis violento por la izquierda.*)

ESCENA VIII

DICHOS, menos PAULINA

ROSINA

¿Qué dice? ¿A quién he venido yo a buscar? ¿Y con quién tengo que marcharme yo? ¿Con usted? ¿Pero está loca?

MARCELO

No. Conmigo, no... Es... es con Fernando. Se refería a Fernando. ¿Verdad que se refería a usted (*Mirándole fijamente.*)

FERNANDO
MARCELO

Sí, ciertamente... se refería a mí.

Y muchas gracias, amigo Fernando. Acaba usted de hacerme el favor más grande de su vida. (*Hace mutis al foro riéndose.*)

ESCENA IX

ROSINA y FERNANDO

- ROSINA ¿Pero qué les pasa?
- FERNANDO Que se ha descubierto todo.
- ROSINA ¡Ah!. ¿Es que había algún secreto?
- FERNANDO Mejor que yo lo sabe usted.
- ROSINA ¡Yo! Yo no sé nada. Venía a buscarle a usted que me tiene toda la noche abandonada. ¡Ingrato! Qué poco agradece el afecto que se le tiene. A eso venía y me encuentro con esas caras y esos gestos y esas medias palabras.
- FERNANDO No es para menos. Esté usted advertida, porque Paulina sabe que usted está enamorada.
- ROSINA Claro que lo sabe. Como que se lo he dicho yo misma.
- FERNANDO ¿Usted? Valor se necesita.
- ROSINA Hace más de seis meses, en Madrid.
- FERNANDO ¿Se lo dijo usted? Pero Rosina, ¿no le da a usted vergüenza?
- ROSINA ¡Vergüenza! ¡Vergüenza querer a un hombre?
- FERNANDO ¡A un hombre casado!
- ROSINA ¿Cómo? ¡Casado usted!
- FERNANDO ¿Qué? ¡Yo! *(Al decir Rosina su frase, impulsada por la impresión, corrió hacia Fernando, cogiéndole las manos. Así quedan un momento sorprendidos y confusos los dos, ella por haber revelado su cariño, él por haberlo comprendido.)* ¡Rosina! Pero... Hable usted. ¿No es a Marcelo a quien usted quiere?
- ROSINA ¿A Marcelo? ¿Yo? ¿Está usted loco?
- FERNANDO Loco, no. Equivocado, engañado por él.
- ROSINA ¿Es a mí, a mí, a quien usted quiere?
- ROSINA Ya... ya no puedo negar... *(Se separa de*

- él suavemente.*) ¿Pero usted... usted quiere a Paulina?
- FERNANDO Esa, esa es mi desgracia. Porque ella no me querrá nunca. Es a su marido a quien quiere. Lo he visto claro en la explosión de celos que yo mismo, engañado por él, he despertado.
- ROSINA A su marido quiere, sí. Y eso debe ser. Usted... ¿por qué no se cura ese cariño?
- FERNANDO ¡Curarme! No tengo esperanza. (*Pausa. Ella duda, vacila; pero al fin se decide y dice*):
- ROSINA ¡Fernando! Oiga usted, Fernando. En una película de la casa Milano vi yo un joven que recibía un desengaño. Era un joven muy simpático... muy simpático... *¡así... así como usted.* Y al verle triste se acercó a él una muchacha muy buena para consolarle.
- FERNANDO ¿Muy buena?
- ROSINA Muy buena.
- FERNANDO Así como usted.
- ROSINA ¡Justo! Como yo. Ella... ella le quería mucho y sufría en silencio. Quiso salvar su amor... y salvarle a él también haciéndole feliz, porque era desgraciado... muy desgraciado... así como usted.
- FERNANDO Sí, como yo.
- ROSINA Y ella le dió consuelos y le dió alientos y le hizo tener esperanzas que brotaban de ella con una voz dulce y cariñosa.
- FERNANDO Así... así como la de usted.
- ROSINA Sí, como mi voz. Hasta que él, lleno de una fe nueva, la ofreció el brazo... ¿Por qué... por qué no me ofrece usted el brazo?
- FERNANDO ¿Como él?
- ROSINA ¡Justo! Como él. Y así, cogiditos y muy juntos, se fueron a pasear por el jardín.
- FERNANDO ¡Sí! Porque un jardín de noche y con luz de luna, es sitio propicio a la explosión de

los amores. ¿Quiere usted?... ¡Rosina!
¿Quiere usted que salgamos al jardín?
ROSINA ¿Como los de la película
FERNANDO Igual que ellos.
ROSINA Vamos.
FERNANDO Así, juntitos.
ROSINA Yo apoyada con fe y con amor en su brazo.
FERNANDO Y yo... Rosina. Esto nuestro es casi una película.
ROSINA ¿Verdad? ¿Y qué título le pondremos, Fernando?
FERNANDO ¿Título?... «Donde menos se piensa salta el amor». Cine-comedia en tres partes. Pa-the frères. París. (*Mutis los dos por el jardín.*)

ESCENA X

TEODORA, SIMPLICIO, *por el jardín.*
Luego PAULINA, *por la izquierda; a poco*
RAFAELA, *foro.*

(*Paulina viene preparada para una excursión en automóvil. Puede ponerse un abrigo de seda, de verano, gasa a la cabeza, con sombrero o sin él, a gusto de la actriz.*)

SIMPLICIO ¿Qué le pasará a Paulina?
TEODORA No se estará en su cuarto... (*En este momento sale Paulina.*)
¡Pero Paulina, reflexiona!
PAULINA ¡Dejadme! ¡No lo tolero! Es una infamia.
¡En mi propia casa!
SIMPLICIO Pero vamos a ver...
RAFAELA (*Entrando.*) ¡Señorita!
PAULINA A Joaquín, que prepare el auto en seguida. Vamos a Madrid. (*Mutis Rafaela segunda derecha.*)

ESCENA XI

DICHOS, *menos RAFAELA*
TEODORA Atiende, Paulina.
PAULINA No atiende nada, tía. El puede tener todos

los amoríos que le parezca; pero hacer alarde ellos en mi propia casa y en presencia mía, es una ofensa para mi dignidad. Ahora mismo me vuelvo a Madrid.

SIMPLICIO

¡Vaya! ¡Se acabó! Ya estoy yo hasta siete metros más arriba de la coronilla de todas tus tonterías. Tú tienes la culpa de todo.

PAULINA

¿Que yo tengo la culpa?

SIMPLICIO

¿Para qué te casaste? Las mujeres se casan para ser de sus maridos. Y tú te has separado de él. ¿Le dejas solo? Pues hace bien. Si yo fuera tu marido, no tendría un lío. Sino cincuenta; y todas las tardes te mandarían las cincuenta a tu clínica para que encima las curases.

PAULINA

Eres un majadero. No quiero oírte.

SIMPLICIO

Haces bien.

ESCENA XII

DICHOS y RAFAELA

RAFAELA

Señorita. El auto tardará un rato, porque falta gasolina; han ido a comprarla al pueblo.

PAULINA

Está bien. Arréglate para venir conmigo.

RAFAELA

En seguida, señorita.

PAULINA

Yo te llamaré. (*Mutis Rafaela izquierda.*)

ESCENA XIII

DICHOS, menos RAFAELA; al final, MARCELO

TEODORA

¿De modo que estás decidida?

PAULINA

En absoluto.

SIMPLICIO

He dicho que la culpa es tuya y no es verdad. Rectifico. La culpa es de él.

PAULINA

¡Ah! Por fin lo reconoces.

SIMPLICIO

Lo reconozco. La culpa es de él, por no haberte roto una costilla.

PAULINA
SIMPLICIO

¿Qué dices?
Está visto que las mujeres, cuando les da una locura, no tienen más medicamento que ese. Una costilla. Y, además, hace seis meses que debió ir la clínica y pegarla fuego. Por lo menos, yo se lo he aconsejado. Al fin y al cabo, ¡hombre!

PAULINA
SIMPLICIO

¡A mucha honra! Y como no quiero seguir oyéndote, me voy al jardín a preparar los fuegos. Ya sabéis que la pólvora es mi especialidad. (*Va a hacer mutis por el foro cuando viene Marcelo.*) A tiempo llegas. Me voy, porque no puedo aguantar el talento de tu mujer.

MARCELO

Conformes; ni yo. (*Se estrechan las manos y mutis Simplicio.*)

TEODORA

Ahí lo tienes. ¡Eres su mujer y allá vosotros! A mí no me llama pantera por segunda vez. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA XIV

PAULINA y MARCELO

MARCELO

¿Va usted de viaje?

PAULINA

Sí, señor. A Madrid.

MARCELO

¿Algún enfermo grave?

PAULINA

Sí. Muy grave.

MARCELO

¿Y qué tiene?

PAULINA

No sé. Pulmonía doble.

MARCELO

No digo, ¡pobrecito!, porque estoy cierto de que le salvará usted.

PAULINA

Gracias. Es usted muy amable.

MARCELO

¿Y qué ¿No está dispuesto su coche?
¿Quiere usted el mío, que está listo?

PAULINA

Gracias. Veo que tiene usted mucha prisa por que me vaya.

MARCELO

Me da lástima ese enfermo tan gravísimo. La vida depende de un minuto.

PAULINA

No sufra usted, llegaré a tiempo.

MARCELO

No estoy tranquilo. Voy a llamar a mi

- chófer. Con mi chófer está usted en Madrid dentro de una hora.
- PAULINA Basta, señor mío. No necesito su coche para nada. Llegaré cuando llegue. Es lo mismo.
- MARCELO No es lo mismo. Usted se debe a sus enfermos. Usted no puede perder el tiempo. A lo mejor se encuentra usted a ese desdichado de lo más preagónico posible.
- PAULINA No estoy para bromas.
- MARCELO El que no estará para bromas es el pulmónico ese.
- PAULINA Pues bien. No hay ningún enfermo.
- MARCELO ¡Ah! ¿No hay enfermo?
- PAULINA ¿Quiere usted saber dónde voy? ¿Es eso lo que usted persigue? ¿Saberlo?
- MARCELO No tengo un interés extraordinario, pero si usted lo quiere decir, no me opongo.
- PAULINA Pues sépalo usted. Voy a buscar a un abogado. Le necesito.
- MARCELO ¡Ah! Eso es otra cosa. Aquí estoy yo.
- PAULINA ¿Usted?
- MARCELO Tengo una deuda contraída con usted. En esta misma habitación me prestó usted sus servicios de doctor en Medicina. Pues aquí estoy pronto a prestarle los míos de doctor en leyes. Puede usted consultarme con toda confianza. Permítame que sea inmodesto... Pero me obliga la ley de la oferta. El productor elogia sus productos, el médico sus diagnósticos, el abogado sus informes...
- PAULINA Entendido. Pero no me sirve usted.
- MARCELO ¿Que no le sirvo? Señora, me sé al dedillo toda la jurisprudencia. Leyes, disposiciones del Supremo...
- PAULINA No lo dudo, pero no me sirve usted. Se trata de una demanda de divorcio, y, si es posible, una querrela por adulterio.
- MARCELO ¿Qué dice usted? ¡El adulterio! ¡Mi especialidad!

- PAULINA Ya lo sé, caballero, ya lo sé que es su especialidad.
- MARCELO Consúlteme, consúlteme. Si me rectusa usted por temor a la minuta, le advertiré que pienso ser módico.
- PAULINA ¿Quiere usted que le consulte? Sea. Se trata de unos cónyuges que están separados y el marido...
- MARCELO Poco a poco. Las consultas, ordenadas. Causa de la separación. Veamos.
- PAULINA Se separaron porque el marido no permitía a la mujer seguir sus inclinaciones.
- MARCELO ¡Alto! Precisa concretar qué clase de inclinaciones, porque hay mujeres con unas inclinaciones que no está bien visto que el marido las tolere.
- PAULINA Se trata de ua mujer honrada.
- MARCELO Eso es otra cosa.
- PAULINA Ella quería ejercer su profesión.
- MARCELO Muy lícito deseo.
- PAULINA Pero el marido se opuso terminantemente.
- MARCELO ¡Magnífico! Ya tenemos un pretexto para la demanda de divorcio. Tiranía despótica del marido. Falso el pretexto; pero a fuer de buen abogado, no importa que sea falso. Con que lo haya sobra. Sigamos. ¿El marido llegó a pegarla?
- PAULINA Eso no.
- MARCELO ¡Hal hecho!
- PAULINA ¿Cómo?
- MARCELO ¡Muy mal hecho! Le debió dar una paliza soberana, porque así tendríamos ahora un motivo verdad en vez de un pretexto falso.
- PAULINA ¡Pero la insultó!
- MARCELO ¿Hubo insultos? ¿Graves?
- PAULINA La llamó loca.
- MARCELO ¿Loça? ¡Bah! Tratándose de mujeres, eso no es un insulto. Poco fundamento hay para la demanda. Veamos los que existen para la querella por adulterio.
- PAULINA El marido tiene otra, y es tan cínico, que

llega a verse con ella en la propia casa de la esposa.

MARCELO

¡Oh! ¡Eso es grave! Aulterio con escándalo. ¿Y en la propia casa de la esposa? ¿Con allanamiento? A ese marido le trinco yo.

PAULINA

¿Cómo?

MARCELO

Que le trinco. Cuatro años por lo menos de prisión correccional.

PAULINA

¿En la cárcel?

MARCELO

En la cárcel. La prisión suele ser en la cárcel. Así es la costumbre. Esto es cosa hecha. Vengan pruebas del adulterio.

PAULINA

Hay un testigo.

MARCELO

¿Testigo de presencia?

PAULINA

Se lo ha contado el propio marido.

MARCELO

¡Oh! ¡Qué lástima!

PAULINA

¿Por qué?

MARCELO

Porque a lo mejor es mentira. Los hombres, a veces, por dárselas de tenorios...

PAULINA

Entonces...

MARCELO

Aquí no tenemos ni pretexto falso. Siento mucho no poder complacerla a usted; pero Paulina Ramírez no puede presentar querrela contra Marcelo Arellano.

PAULINA

Pues la presentará. El adulterio existe y es una infamia.

MARCELO

Mira, Paulina, ¿para qué la querrela? Marcelo negará. Y neagrá Rosina. Los dos dirán que nunca hubo entre ellos lazo alguno.

PAULINA

¡Ah! ¿Se pondrán ustedes de acuerdo los dos?

MARCELO

No hace falta, porque lo estamos ya. Para decir la verdad, no precisa acuerdo.

PAULINA

Fernando sostendrá lo que me ha dicho.

MARCELO

Y entonces dirá Marcelo que se lo dijo todo para que él mismo te lo contara a tí. Lo cual que Fernando tendrá que reconocer ante el juez que es tonto de capirote, porque es tonto de capirote el que para

conquistar a una mujer sirve la causa del marido.

PAULINA
MARCELO

Pero entonces... la verdad...

La verdad es que aquí no hay más que una mentira mía y unos celos tuyos.

PAULINA
MARCELO

¡Me mientes, Marcelo!

Mira. *(Señala a Rosina y Fernando, que pasan por detrás de la cristalada, cogidos del brazo y arrobadísimos sin darse cuenta de la presencia de los otros.)*

ESCENA XV

DICHOS, ROSINA y FERNANDO

ROSINA
FERNANDO

... Y paseando juntos por el jardín...

... prometiéndose con los ojos amorés y caricias...

PAULINA

¡Marcelo! *(Se refugia Paulina en los brazos de Marcelo.)*

ROSINA

... formando planes azul y rosa para el porvenir, los dos amantes...

FERNANDO

¡Basta! ¡Comprendido! Un abrazo, un beso muy largo y fin de la primera parte. *(Mutis Rosina y Fernando.)*

ESCENA XVI

PAULINA, MARCELO y SIMPLICIO

MARCELO
PAULINA

¿Has visto? ¿Te ha convencido la película? Sí. Para siempre. Tu mujer, Marcelo, tu mujer nada más. *(Se oye dentro el chisporroteo y estampidos de un castillo de fuegos artificiales y algunas voces.)*

MARCELO

¿Qué es eso?

ESCENA FINAL

(Todos los personajes del acto siguen a Simplicio.)

- SIMPLICIO *(Por la derecha gritan.)* ¡No asustarse!...
¡No correr!
- MARCELO
SIMPLICIO ¿Pero qué pasa?
(Que sale con la cara quemada por la pólvora.) Nada, que se me ha disparado el castillo antes de tiempo y está ardiendo el gallinero.
- TEODORA *(Entrando.)* ¡Ay, mis gallinas! ¡Infame!
¡Mal hombre! Se están asando.
- SIMPLICIO ¿Y por eso me insultas? La gallina asada es un plato de Dioses, ¿verdad?
- MARCELO Verdad. Hoy hay fuego aquí, y mañana en la clínica, ¿verdad?
- PAULINA *(Con cariño.)* Verdad.

TELON

Obras de Antonio Paso

- La candelada*, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem ídem.
El niño Jerez, ídem ídem.
El gran Visir, ídem ídem.
La casa de las comadres, ídem ídem.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem ídem.
La marcha de Cádiz, ídem ídem.
El padre Benito, ídem ídem.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocamboles, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem ídem.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de «Curro Vargas».
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villafierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipi, ídem ídem.
La luna de miel, ídem ídem.
Las venecianas, ídem ídem.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem ídem.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corrida de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem ídem.
La Virgen de la Luz, ídem ídem.
El pelotón de los torpes, zarzuela en un acto.
El pícaro mundo, ídem ídem.
El trébol, ídem ídem.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem ídem.
La misa de doce, entremés lírico.

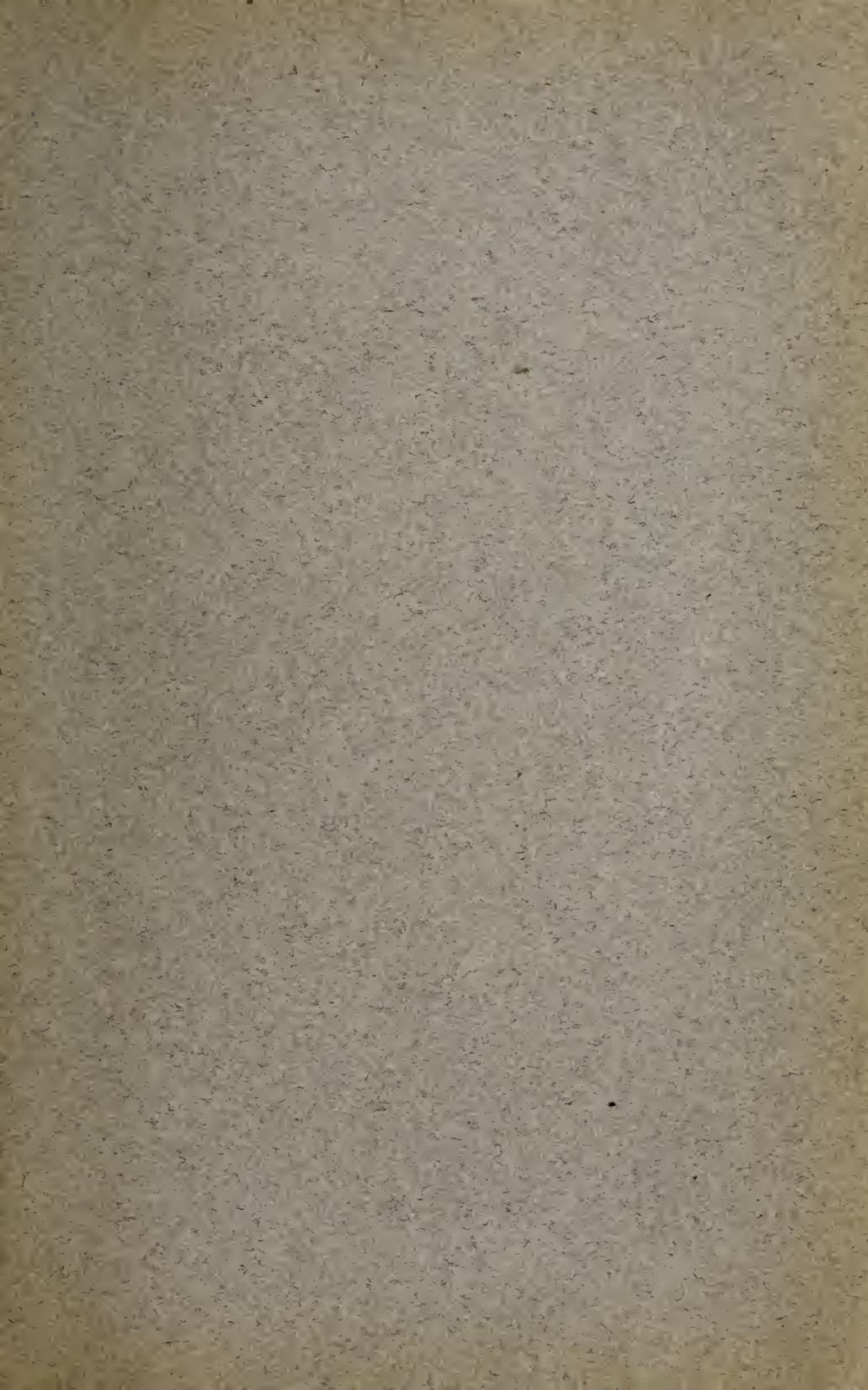
- ¡Hule!*, ídem ídem.
Frou Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem ídem.
El rey del valor, ídem ídem.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de te, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem ídem.
La hostería del laurel, ídem ídem.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, ídem en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividida en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírica-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.

- España Nueva*, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, ídem ídem ídem.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete en dos actos.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El Infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.
Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la Patria, juguete cómico en tres actos.
El pobre Rico, juguete cómico en dos actos.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Los baños de sol, comedia en tres actos.
La caída de la tarde, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros.
El portal de Belén, entremés.
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos.
¡No te cases, que peligras!, sainete lírico en un acto y tres cuadros.
Ojo por ojo, humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros y un radiograma de madrugada.
Melchor, Gaspar y Baltasar, juguete cómico en tres actos.
Bataclán, escenas de la vida de un payaso, en tres actos.
La guillotina, zarzuela en dos actos.

- Nuestra novia*, comedia en tres actos.
Mi marido se aburre, juguete cómico en tres actos.
El apuro de Pura, farsa matrimonial en un acto.
El burlador de Medina, comedia en tres actos.
El cerdo de Avilés, magia en tres actos.
La tierra de Carmen, revista en tres actos.
Benamor, opereta en tres actos.
La luz de Bengala, zarzuela en dos actos.
La moza de Campanillas, zarzuela en tres actos.
Las mujeres de Zorrilla, juguete cómico en tres actos.
Su desconsolada esposa, comedia en tres actos.
El talento de mi mujer, comedia en tres actos y en prosa.
-

©bras de Francisco G. Pacheco

- Huéspedes tranquilos*, sainete lírico en un acto.
El Tirano, zarzuela en un acto.
La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto.
Amores de aldea, comedia lírica en dos actos. ,
¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica-gubernamental
 en un acto.
La Giralдина, juguete cómico-lírico en un acto.
Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto.
El Coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto.
La derrota de Anibal, juguete cómico en un acto.
El sitio de Gerona, juguete cómico-peliculero en tres actos.
Lo que dicen los otros, comedia en tres actos.
Los mochuelos, juguete cómico en tres actos.
El agua del Jordán, comedia en tres actos.
La conquista de Africa, juguete cómico en tres actos.
El castillo de la vida, revista cómico-lírica en un acto.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Figuritas de cera, comedia en tres actos.
Clavel de Granada, comedia en tres actos.
¡No más calvos!, apunte de sainete en medio acto.
La guillotina, zarzuela en dos actos.
El talento de mi mujer, comedia en tres actos y en prosa.



Precio CUATRO pesetas